EL MUNDO ES UN PAÑUELO

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1920, by S. y J. Álvarez Quintero.

A4738mu

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

Estrenada en el Teatro de la Infanta Isabel
el 12 de Febrero de 1920.

171585
20 V. 22

MADRID
1920

MADRID—Imp. Clásica Española. Glorieta de Chamberí.—Teléf. J. 430.

A FEDERICO PIÑAL Y ALONSO

Con un recuerdo que no cabe en palabras.

SERAFÍN y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
QUICA	María Gámez.
DOÑA MUNDA	Joaquina del Pino.
HILARIA	Nieves Suárez.
NATALIA	Blanca Jiménez.
BERENGUELA	Carmen Posadas.
TOMASITA	Isabelita Plaza.
CELSO	José García Aguilar.
PIPO SANTAELLA	Pedro Sepúlveda.
HORACIO	Francisco Alarcón.
LISARDO INFANTE	Antonio del Pino.

ACTO PRIMERO

Gabinetito en el entresuelo de una casa nueva y aislada en un extremo de Madrid. Balcón a la derecha del actor. Sendas puertas a la izquierda y al foro, la primera de las cuales da al recibimiento del cuarto. Muebles modernos, elegantes y finos; cuadritos alegres; libros primorosos. Teléfono. Estufilla eléctrica. Todo revela en la habitación cuidado y buen gusto.

Es al anochecer en un día de principios de enero. Por los cristales del balcón entra el último resplandor de la tarde.

En la calle, lejos, un músico ambulante toca al violín la «Serenata» de Franz Drdla. La escena está sola unos instantes. Luego, Hilaria, portera de la casa, madrileña simpática y guapetona, que para ser curiosa reúne la doble condición de ser mujer y de ser portera, sale por la puerta de la izquierda y da luz al gabinetito. Después cierra el balcón.

HILARIA. De abril parece la tarde más bien que de enero. Es mucho Madriz este: en el verano días de frío y en el invierno de calor. *Echa una ojeada al cuartito y luego dice:* Todo igual. ¡Claro! ¿Quién va a mover trasto ninguno si no entra alma viviente? Ratones no hay... Cerraremos la alcoba y el comedorcito... ¡y un día más que ayer! *Se va hacia la izquierda por la puerta del foro.*

Queda otra vez la escena sola y continúa oyéndose el violín en la calle. A poco, por la puerta de la izquierda, asoma doña Munda, de manteleta o chal. Es la ve-

cina que vive al lado; señora de más de cincuenta, fina y afectuosa, y muchísimo más curiosa que la portera, bien que disimulándolo con ingenio.

DOÑA MUNDA. *Sorprendida al ver el cuartito, en el que entra por primera vez.* ¡Vaya si está lindo! *Lo observa todo rápidamente.* ¡Lindo de verdad! No falta detalle. Es, sin duda, lo que he pensado yo. *Súbitamente preocupada.* ¿Será ella, Dios mío? Yo lo averiguaré sin preguntarlo. Pero, por sí o por no, bien hecho está lo hecho.

HILARIA. *Dentro.* ¿Quién?

DOÑA MUNDA. ¿Hilaria? ¿Portera?

HILARIA. *Volviendo a salir.* ¿Quién?

DOÑA MUNDA. Yo: soy yo.

HILARIA. ¡Ah! Señora.

DOÑA MUNDA. Tenía que darle a usted un recadito, la había visto a usted entrar aquí...

HILARIA. Ya.

DOÑA MUNDA. Y como yo creía que este cuartito estaba desalquilado...

HILARIA. ¡Señora! ¿Ustez creía eso?

DOÑA MUNDA. ¡Imagine usted! Vivo hace quince días en el de junto y no tropiezo a nadie nunca, ni oigo llamar, ni oigo ningún ruído...

HILARIA. ¡Pero a estar desalquilao tendría papeles!

DOÑA MUNDA. No me he fijado en los balcones.

HILARIA. Ya. Pues no, señora; no está desalquilao. En mayo se alquiló; ya ve ustez.

DOÑA MUNDA. ¿Ah, sí? Me alegro. Y me va usted a dar el nombre del inquilino, para mandarle mi tarjeta.

HILARIA. ¿El nombre?

DOÑA MUNDA. Sí, señora. A mí me gusta tratarme con la vecindad. Como vivo sola con mi criada... a lo mejor se ofrece... Y que el trato no estorba.

HILARIA. ¡Claro! Entre vecinos... Pero, lo que es aquí, como no se trate ustez con la estufilla elétrica...

DOÑA MUNDA. ¿Pues? ¿Es misántropo el inquilino?

HILARIA. ¿Cómo ha dicho ustez?

DOÑA MUNDA. ¿Huye del trato de las gentes?

HILARIA. Así parece, no se figure ustez que no. Yo no diré que sea eso que ustez ha dicho; pero más tiene de fantasma que de persona. ¿Ustez cree que yo le conozco?

DOÑA MUNDA. ¿No?

HILARIA. ¡No, señora! ¡Y soy la portera de la casa!

DOÑA MUNDA. No me lo explico. Y me pone usted en cuidado; porque, francamente, no saber junto a quién vive una...

HILARIA. No; no, señora, no: tocante a eso, no. No pase ustez miedo. Una es que yo no le conozca, y otra que no sea de fiar. ¡Pues bueno es el azministrador, don Frutuoso!... ¡Andá! ¡Lo más chinche!... ¡Plantó a los del tercero porque no iban a misa!... Y que es lo que dice mi marido, que es cochero y conoce el mundo: el señorío se huele. De modo que eso, no; esté ustez tranquila. Ahora, si tiene ustez curiosidaz...

DOÑA MUNDA. ¿Yo? Ninguna.

HILARIA. Yo, sí. Mucha. Me come. Pero me aguanto. ¡A ver! ¡Qué remedio!

DOÑA MUNDA. Bueno, pues... — que esto quería decirle a usted... que a esto entré aquí... — cuando venga la señorita Carmen, mi sobrina, que no se vaya, que yo vuelvo en seguida. Estoy en el segundo.

HILARIA. Sí, señora.

DOÑA MUNDA. Hasta luego, ¿eh?

HILARIA. *Deteniéndola, con gana de palique sobre*

el cuarto. ¿No quiere ustez ver el comedor y la alcobita?

DOÑA MUNDA. ¡Ave María! Sería una indiscreción por mi parte. Entré creyendo el cuarto desalquilado, ya se lo he dicho a usted.

HILARIA. ¿Y quién va a saberlo?

DOÑA MUNDA. De todos modos...

HILARIA. Mire ustez que la alcoba es digna de verse. Está de rosa. ¡Y una de lunas y de encajes!... Pregúntele ustez a la Tomasita.

DOÑA MUNDA. ¿A quién?

HILARIA. A mi chica; la mayor; la que estudia el baile. ¡Se vuelve loca en este piso! Es lo que le dice a su novio: «Así tiés tú que ponerme la casa.»

DOÑA MUNDA. Este gabinetito es un primor. *Intencionadamente.* Delata la mano de una mujer fina y cuidadosa.

HILARIA. ¡Quiá!

DOÑA MUNDA. ¿Cómo?

HILARIA. Que aquí no ha entrao ninguna mujer.

DOÑA MUNDA. ¿Es posible?

HILARIA. Como ustez lo oye. Este cuartito le ha puesto un señor ya metido en años.

DOÑA MUNDA. ¿El inquilino, entonces?

HILARIA. No, señora. ¿No ha oído ustez que yo no le conozco al inquilino? Ese señor ha puesto el cuarto, pero no es pa él. El cuarto me da a mí en la nariz que es pa un señorito que vino una noche en automóvil con ese otro señor. Subieron sin quitarse las gafas, como dos visiones; estuvieron aquí diez minutos; volvieron a bajar; pitaron en el auto carretera arriba, y hasta hoy. Al *chófer* no le pude sacar palabra. Pa mí que era inglés. Esto fué en junio; bien me acuerdo: víspera de San Pedro. Pues, desde entonces, tos los meses viene el señor que puso el cuarto, sube, me pide el recibo del mes, me lo paga, le da

dos bromas a la Tomasita si la encuentra al paso, que sí la encuentra, me da a mí lo mío... y hasta el mes siguiente.

DOÑA MUNDA. *Con aplomo.* Uno de esos dos hombres entra aquí por las noches cuando duerme usted.

HILARIA. ¡Entraban! ¡Me lo diría el sereno! ¡Y se notaría... en algún pormenor! Ustez misma, desde su cuarto, lo hubiera sentido.

DOÑA MUNDA. Es verdad.

HILARIA. Pa que to sea misterioso, señora, ni los recibos están a nombre de ese caballero que me los paga.

DOÑA MUNDA. Lo estarán al del verdadero inquilino.

HILARIA. ¡Quiá! ¿Se va a llamar don José López el inquilino de este cuarto?

DOÑA MUNDA. ¿Por qué no?

HILARIA. ¡Vamos! ¡No ha visto ustez la alcoba!

DOÑA MUNDA. ¡Ah! Si don José López no puede disfrutar de esa alcoba... ¿Sabe usted el segundo apellido?

HILARIA. No, señora. Y que un día que vino el padrón, y que yo se lo dí a ese caballero pa que lo llenase, él lo estuvo llenando de chufla, y le colgó al López ¡qué sé yo la de alhajas!... Chufla to. El se reía pa dentro mientras se las ponía; y luego nos tirábamos de risa leyéndolo la Tomasita y yo. ¡Hombre! Aquí está la prenda.

DOÑA MUNDA. ¿Quién?

HILARIA. La Tomasita: mi chica.

En efecto, viene Tomasita por la puerta de la izquierda. Es una agraciada madrileñita. Nadie creería, al ver cómo viste y calza, que es hija de porteros.

TOMASITA. ¿Madre?

HILARIA. Pasa, pasa.

TOMASITA. Buenas tardes, señora.

DOÑA MUNDA. Buenas tardes.

TOMASITA. Ya decía yo: mucho se entretiene mi madre en el cuartito; no debe de estar sola.

HILARIA. ¿Y tú qué traes?

TOMASITA. ¡Toma! Que me tengo que ir a la academia, y no quiero dejar sola la portería.

HILARIA. Ya, ya voy. *A doña Munda.* Sale el mes que viene.

DOÑA MUNDA. ¿Cómo?

HILARIA. Que sale el mes que viene.

TOMASITA. Sí, señora: doy leción diaria.

DOÑA MUNDA. ¿De baile?

TOMASITA. Sí, señora: de baile. Salgo el mes que viene. Ahora voy a la academia de la calle Jardines. Llevo ya seis meses de estudio.

HILARIA. Dice su maestro que va a ser una notabilidaz.

TOMASITA. Lo que seré ya lo veremos. Ilusiones sí tengo muchas. Y ambición. Porque, una de dos: o soy estrella o me vuelvo a mi casa. De *telonera* no me quedo.

HILARIA. Mire ustez, señora: dice Horacio...

DOÑA MUNDA. *Un poco asombrada de que la portera cite a Horacio.* ¿Quién?

HILARIA. Horacio: mi marido.

DOÑA MUNDA. ¡Ah!

HILARIA. Dice que por eso la deja salir: porque ve que la chica tiene aspiración y que no se contenta con ser cualquier cosa. A lo primero se oponía, porque en las tablas veía él un peligro pa ésta; pero es lo que le dijo Dimas, el boticario de aquí atrás: «Convénzase ustez, señor Horacio: la vergüenza, en todas las profesiones se puede tener, y se puede *no* no tener.»

DOÑA MUNDA. Y se puede *no* no tener. Esa frase convence a cualquiera.

TOMASITA. Pues eso le sucedió a papá: que se convenció. Y por fin salgo el mes que viene.

HILARIA. *Desconcertada de improviso al sentir que alguien llega.* ¿Quién es?

TOMASITA. ¿Quién?

HILARIA. *Asomándose a la puerta de la izquierda.* ¡Virgen! ¡El señor del cuarto!

TOMASITA. ¿El señor? Me alegro de que venga.

HILARIA. Yo, no.

Presentase eu esto Pipo Santaella, que trae en la mano y en los bolsillos varios paquetitos encantadores. Es hombre de mediana edad, jovial y corrido. Le contraría la presencia de aquel terceto de faldas allí.

PIPO. ¿Eh? Buenas tardes.

HILARIA. Buenas tardes, señor.

TOMASITA. Buenas tardes.

DOÑA MUNDA. *Sonriéndole.* Muy buenas tardes...

HILARIA. *Turbada.* La señora, señor... la señora...

TOMASITA. Es la señora que vive al lao...

HILARIA. La inquilina de la derecha...

PIPO. Muy señora mía.

DOÑA MUNDA. Beso a usted la mano, caballero.

PIPO. A los pies de usted.

DOÑA MUNDA. Entré un momento a hacerle a Hilaria una advertencia, creyendo el cuartito desalquilado...

PIPO. Ah, sí... Claro; sí... Casi, casi...

DOÑA MUNDA. Y al enterarme de que está alquilado, le pedí el nombre del inquilino para pasarle mi tarjeta; pero ya no lo necesito...

PIPO. ¿Y eso?

DOÑA MUNDA. ¡Cómo pasan los años!... ¿Verdad? Usted no me recuerda.

PIPO. No... Sí, señora... No; no, señora; francamente, no la recuerdo a usted.

DOÑA MUNDA. Ni es extraño.

PIPO. Además... no esperaba encontrarme... Estoy perplejo todavía...

HILARIA. Señorito, yo le diré a ustez...

PIPO. Luego hablaremos. Decía usted, señora...

La portera y su hija, aparte, atienden con vivo interés al diálogo. Por fin van a saber algo de lo que tan preocupadas las traía.

DOÑA MUNDA. Que no es extraño que usted no me recuerde. Nos conocimos hace cerca de veinte años.

PIPO. ¡De veinte años!

DOÑA MUNDA. En casa de Aguilar Martí.

PIPO. ¡Ah! ¡En casa de Aguilar Martí!... ¿Vive Aguilar Martí?

DOÑA MUNDA. ¡Ya lo creo! La que murió fué ella: Susana. Pero él volvió a casarse. Y ahora está de magistrado en Sevilla.

PIPO. *Un tanto nervioso.* Ya, ya.

DOÑA MUNDA. Yo me marché de España. He vivido más de diez años en el extranjero, en diversos puntos, rodando un poco. Soy la viuda de Flores.

PIPO. ¡Ah!

DOÑA MUNDA. De Pepe Flores.

PIPO. ¡Sí, sí: Pepe Flores! ¡El gran Pepe Flores! ¿Y es usted la viuda de Flores? ¿Se murió Pepe? ¡Qué tontería! ¡Pobre Pepe! Ya, ya me acuerdo de usted... ya me acuerdo de usted... ya me acuerdo de usted... *Es mentira: no tiene la menor idea ni de la viuda ni del difunto.* ¡Qué tiempos!... ¿Eh, señora?

DOÑA MUNDA. Usted está muy bien; está igual que entonces.

PIPO. *Mirando a Tomasita.* ¡Qué más quisiera yo!

DOÑA MUNDA. La prueba es que en cuanto entró le he reconocido. *Como evocando.* ¡Santaella!... ¡Pipo Santaella!...

HILARIA. *Maquinalmente.* ¿Pipo?

DOÑA MUNDA. *Sin hacer caso.* Discúlpeme usted que le nombre con esta familiaridad.

PIPO. ¡Por Dios, señora! Es mi nombre de guerra. Así me llaman todos los íntimos.

DOÑA MUNDA. Lo sé. Como a mí Munda.

PIPO. Munda: eso es: igual... *Deseando terminar la conversación.* ¡Je!... ¡Qué cosas! Bien, bien...

DOÑA MUNDA. *Despidiéndose cortésmente.* Pues... usted perdone este allanamiento de morada, casual e involuntario.

PIPO. No hay de qué, amiga mía. Al revés: lo celebro...

DOÑA MUNDA. Yo también celebro, por mi parte, que sea un amigo antiguo el inquilino misterioso; me or dicho, un antiguo amigo, para que el adjetivo le suene a usted mejor.

PIPO. ¡Qué amable! Muy amable. Pero eso de inquilino... Le diré a usted... Digo, no quiero detenerla... no le diré a usted nada.

DOÑA MUNDA. Ni yo tampoco he de preguntarle. Adiós, Santaella. Ya sabe que me tiene aquí al lado.

PIPO. Gracias; ya lo sé... Usted a mí me tiene... me tiene... Usted a mí me tiene en todas partes.

DOÑA MUNDA. Sí, sí; por lo que veo... *Aludiendo maliciosamente al nidito.* Genio y figura...

PIPO. No; no, señora; no... A lo mejor las apariencias... ¡Je!...

DOÑA MUNDA. Adiós. Dos palabras aún. ¿Vive su madre, Santaella?

PIPO. Sí, señora; a Dios gracias.

DOÑA MUNDA. Y viva muchos años. En Valladolid, siempre.

PIPO. Siempre en Valladolid.

DOÑA MUNDA. Higinia casó.

PIPO. Casó.

DOÑA MUNDA. Lo leí en Buenós Aires. Victoria continúa soltera.

PIPO. Sí; Victoria continúa soltera.

DOÑA MUNDA. Sigue viviendo con la mamá: en Valladolid.

PIPO. Sí; en Valladolid: con la mamá.

DOÑA MUNDA. El ahijadito ya he visto que es teniente de caballería.

PIPO. Sí; de caballería.

DOÑA MUNDA. ¡Digo si vuela el tiempo!... Dentro de nada, general.

PIPO. ¡Je!...

DOÑA MUNDA. En fin, adiós, Pipo. Todo lo esperábamos los dos, menos encontrarnos aquí hoy.

PIPO. ¡Todo! Es cierto, es cierto.

DOÑA MUNDA. El mundo es un pañuelo, como yo repito con frecuencia.

PIPO. ¡Un pañuelo!

DOÑA MUNDA. Hilaria, no olvide usted lo que le he encargado para mi sobrina.

HILARIA. Descuide la señora.

DOÑA MUNDA. *A Pipo.* Mi sobrina: ¡la hija de Pompeyo!

PIPO. ¡La hija de Pompeyo!

DOÑA MUNDA. ¿Usted se acuerda de Pompeyo?

PIPO. ¿Cómo no? ¡Pompeyo!... ¡El célebre Pompeyo!... Sale poco de casa, ¿verdad?

DOÑA MUNDA. ¡Si murió hace tres años!

PIPO. ¡Ah! ¿Con que murió? ¡Pobre Pompeyo! Así yo decía: ¡no veo a Pompeyo por ninguna parte!

DOÑA MUNDA. Adiós, vecino.

PIPO. ¿Vecino?

DOÑA MUNDA. ¡Vecino! Adiós.

PIPO. Adiós, señora... *Vase doña Munda por la puerta de la izquierda. Pipo la ve marcharse, y luego exclama lleno de confusión:* ¡Que me ahorquen si sé

quién es esta señora! ¡Y conoce a mi familia mejor que yo! *Da una rápida vuelta y se encara con Hilaria de repente.* Pero ¿no me había dicho usted que ahí al lado vivía un sacerdote?

HILARIA. Sí, señor; y vivía. Pero antes de Navidades se mudó. Se fué a Toledo, a una capellanía de monjas. Y a la cuenta esta señora doña Raimunda tenía pedido ya este cuarto. Parece ser que es muy amiga del azministrador.

PIPO. Y de mi familia, por lo visto.

HILARIA. Conoce a mucha gente. Pero vive sola. Y apenas la visita nadie más que esa sobrina de que ha hablao, que es maestra de escuela.

PIPO. ¡Sí; la hija de Pompeyo!... Pompeyo... Pompeyo... Mal ando ya de la memoria.

HILARIA. Es una señora muy fina. Y, faldas por faldas, por lo que yo voy maliciándome, entre el cura y esta señora, la vecindaz de esta señora le conviene a ustez más. Es lo que dice la frutera...

PIPO. No me importa. Oiga usted lo que yo le digo.

HILARIA. Mándeme el señor.

PIPO. Dentro de un rato subirá un señorito resueltamente. Trae llavín.

HILARIA. Trae llavín.

PIPO. Contesta usted á sus buenas tardes, y nada más.

HILARIA. Nada más.

PIPO. Poco después llegará una señora. Ni las buenas tardes. Y procure usted que ni el gato esté en la escalera.

HILARIA. Entendido: ni el gato. ¿Manda ustez algo más?

PIPO. Nada más. Digo, sí: que en lo sucesivo, cuando entre usted a arreglar el cuartito, cierre el portón, para que nadie más vuelva a meterse en terreno vedado.

HILARIA. Dispense el señor; lo de hoy no volverá a pasarme. Ha sido un casual. Anda, Tomasita; no estorbemos.

TOMASITA. Ahora voy, madre; que le voy a decir una cosa a don Policarpo.

HILARIA. Dile que sales el mes que viene.

TOMASITA. Alrededor de eso es.

HILARIA. Pero no le molestes mucho.

Vase por la puerta de la izquierda. Pipo se ha desembarazado del gabán y de los paquetitos. Luego mira el reloj y enchufa la estufilla eléctrica.

PIPO. Vamos a ir templando el ambiente. ¿Tú qué me querías, Tomasita?

TOMASITA. Pues... ya usté se ha enterao. Salgo el mes que viene. Y aquello del mantón no se ha de quedar en palabras.

PIPO. ¡Qué disparate! Anteayer me estuve ocupando de ello con una prendera amiga mía: Petra la *Ilusoria*.

TOMASITA. ¿Sí, eh? Muchas gracias, don Policarpo.

PIPO. ¿Qué tal lo llevará tu novio?

TOMASITA. ¿El mantón? Soy yo quien va a llevarle.

PIPO. Mi regalo digo, preciosa.

TOMASITA. ¡Ah! ¡Cómo quiere usté que lo lleve! ¡Agradeciéndolo!

PIPO. ¿Te quiere mucho?

TOMASITA. Unas miajas.

PIPO. ¿Y tú a él?

TOMASITA. No se queja de mí.

PIPO. No le conozco yo a tu novio. ¿Qué es tu novio?

TOMASITA. ¿Mi novio? Pues... pues es joven.

PIPO. ¡Ah! ¿Es joven? ¿No es más que joven?

TOMASITA. Por ahora, nada más.

PIPO. No es mucho, pero es una buena carrera. Dos tengo yo, y cambiaba ahora mismo mis títulos por ése de tu novio.

TOMASITA. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. ¡Cómo lo envidio, Tomasita! Novio tuyo... y joven.

TOMASITA. ¡Está usté bueno!

PIPO. ¡Estás tú bastante mejor!

TOMASITA. ¡Ja, ja, ja!

A tiempo de oir esta risa aparece en la puerta de la izquierda Celso. Es un muchacho inteligente, rico, que tal vez peca de vanidoso y que vive lo que se llama la «vida dorada».

CELSO. ¡Buenas tardes!

PIPO. ¡Hola!

TOMASITA. Muy buenas tardes. Con permiso. *Se va por la puerta de la izquierda, mirando con interés a Celso. Lo ha reconocido, y va a decírselo a su madre.*

Celso la mira ir a ella, sonriendo. Un instante cree que la ha flechado. Pipo le dice:

PIPO. Esta es la chica de la portera.

CELSO. ¡Me gusta!

PIPO. Y a mí.

CELSO. ¿Qué hacía aquí contigo?

PIPO. ¡Nada! Digo, sí; reclamarme un mantón... que pienso que le regales tú.

CELSO. Cosa hecha. Tú mandas, Pipo. Eres inmortal. ¿Cómo pagarte... esto?

PIPO. ¡Je! ¿Has venido en el tranvía hasta la glorieta?

CELSO. No; he preferido un pesetero. ¡Está la casita admirablemente situada! ¡Es un hallazgo, Pipo! En un extremo de Madrid, aislada en la calle—llamándole a esto calle—, la llanura enfrente, el farol más cercano a diez metros... ¡Una maravilla! ¡Déjame

que te abrace! ¡Y cuenta desde luego con el mantón para Amparito!

PIPO. Para Tomasita.

CELSO. ¿Tomasita? Creí que era Amparito.

PIPO. Amparito es la de la calle San Ildefonso. En chicas de portera no hay quien me dispute la copa.

CELSO. Pues mira, además del mantón vas a regalarle otro perfume del que usa, porque ha dejado aquí un olor del diablo.

PIPO. ¡Qué exagerado eres! ¡Y huele a rosas la muchacha!... Pero eso se remedia muy pronto.

CELSO. ¿Abriendo el balcón?

PIPO. ¡Qué tontería! ¿Vas a enfriar el nido? ¡Ya verás! Yo estoy en todo siempre. *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

CELSO. ¡Lo que goza ese hombre en estas andanzas! Son media vida para él.

Vuelve Pipo perfumando el aire con un pulverizador lleno de agua olorosa.

PIPO. ¿Eh, qué tal?

CELSO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Eres inagotable, Pipo!

PIPO. ¿A qué huele ahora?

CELSO. ¡Qué sé yo! A lo que debe oler: a aurora de faldas.

PIPO. ¡Je! ¡A aurora de faldas!... ¿Esa frase es tuya?

CELSO. ¡Y tuya! No, si ya me lo dijo Roberto Costa: para esos tejemanejes, Pipo.

PIPO. Él tiene alguna prueba... Los muebles de su estudio se los busqué yo. ¿Sabes de dónde son casi todos? ¡De la almoneda de los Casa-Lucías!

CELSO. ¡Vaya tumbo!

PIPO. ¡Qué lástima de casa! Un día me encontré en una prendería de Tudescos el retrato de don Marcial.

CELSO. ¡Ave María Purísima!

PIPO. Y el autógrafo de Jovellanos que tú habrás visto en mi despacho, era de ellos también: de los Casa-Lucías.

CELSO. ¡Cómo se pierden algunas casas!

PIPO. ¡Oh! ¡Y cómo lo pregonan los muebles! Yo, que entro y salgo en muchas de Madrid, y que soy un gran *fisonomista* de muebles, ¡descubro cada cambio; recibo cada sorpresita!... Hay un sillón renacimiento que lo he ido viendo sucesivamente en casa de Azucena Peláez, en casa de los Campollanos, en casa de la China, en la Ribera de Curtidores, en la Academia de Jurisprudencia... y *chez moi*.

CELSO. ¿Tiene ruedas?

PIPO. Se las voy yo a poner para que se vaya de mi casa. Es muy incómodo. Pero ya ves qué contradanza. Algún día pienso yo publicar las memorias del Hotel de Ventas escritas por un despertador.

CELSO. ¡Ja, ja, ja! Eres sorprendente; eres grande. ¡Muy grande!

PIPO. Muy grande, ¿eh?

CELSO. ¡Muy grande!

PIPO. Y, sin embargo, soy chico para tu confianza. ¡Chúpate ésa!

CELSO. No, Pipo; no.

PIPO. Sí, Celso; sí. La prueba es que me utilizas, me buscas, porque te soy preciso... me mimas, me acaricias... ¡me adulas!... pero no me confías tu secreto.

CELSO. ¡Oh!

PIPO. ¿Quién va a venir aquí?

CELSO. *Halagado.* ¡Oh!...

PIPO. ¡Oh! ¡Oh!... No te escudes más ante tu cómplice, si es verdad que me estimas. ¿No estás seguro de mi discreción?

CELSO. ¡Segurísimo!

PIPO. ¡Pues habla ya, ingrato! ¡Y desahoga conmigo esa vanidad que te sale a los ojos! Dulce debe de ser la fruta, rara si las hay, cuando tanto la escondes. ¡Tú, el niño de moda, el principito encantado de las solteras, el diputadito mimado, gracias al cual ha subido en la Cámara el presupuesto de los caramelos...!

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. ¡El joven galante, el distinguido *sportsman*, que no goza si no está en el escaparate... a la vista de todos!... ¿Cómo explicarse este misterio excepcional? La aventura no es como todas; la perla es de precio. ¡Bandido!

CELSO. ¡Ja, ja, ja! ¡Estás rabiando por enterarte!

PIPO. Porque quiero darte una nueva satisfacción.

CELSO. ¿Cuál?

PIPO. ¡La de contarlo! ¡Estás rabiando por decírmelo!

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. ¿Es o no es?

CELSO. Hombre... puestas así las cosas... Mira, Pipo... esta es la verdad: ciertas aventuras, si nadie ha de saberlas nunca, pierden lo mejor de su gracia. Yo, al menos, pienso así. Pero ésta, ésta... ésta precisamente no se puede saber; no se debe saber.

PIPO. ¿Ni siquiera por Pipo... que si se empeña la averigua?

CELSO. ¡Ah, granuja!

PIPO. Es una broma, como comprenderás.

CELSO. Ya lo sé, bobo. Pero quiero corresponder a tu lealtad de todas maneras. Vas a enterarte de lo que sólo sabemos ella y yo.

PIPO. Y Dios, que lo ve todo desde arriba.

CELSO. Temo que esto no quiera verlo Dios.

PIPO. ¡Miserable! ¿Es casada?

CELSO. Es casada.

PIPO. Pues punto en boca, Celso. No sigas adelante. Yo soy quien soy. Ni una palabra más. No me digas el nombre de esa mujer: dime si acaso el del marido.

CELSO. Ni uno ni otro, para tranquilidad de mi conciencia y de la tuya. Te voy a enseñar una postalita, contando, es claro, con que en punto a reserva eres...

PIPO. ¡Un candado de letras! Y tú solo conoces la cifra que ha de abrirlo.

CELSO. Pues mira, Pipo; mira. *De su cartera saca una postal, que le muestra ufano.* Mira, y felicítame.

PIPO. *Asombrado.* ¡Zambomba!

CELSO. ¿La conoces?

PIPO. ¿No la he de conocer? Pero... pero ¡no me cabe en la cabeza! ¿Es Natalia Infante?

CELSO. Natalia Infante.

PIPO. ¡Celso!

CELSO. ¿Merece la reserva?

PIPO. ¡La exige! Bien decías. Toma, toma; que me quema en la mano.

CELSO. *Toma la postal y la contempla. Luego la deja cuidadosamente sobre un mueble.* ¡Ah!... ¡Por fin; por fin!... Y cuidado que aun estoy a mitad de camino.

PIPO. ¿Qué dices? ¿A mitad de camino llamas a esto?

CELSO. Sí. Porque ella ha accedido a venir aquí, esa es la verdad; pero viene fiando en mi palabra de honor de que he de respetarla. Viene a hablar conmigo, con una libertad que ni en su casa ni en ninguna otra parte podemos tener; viene a pedirme que la olvide; viene a suplicarme que no la hostigue con mi persecución, que no la turbe con mis ojos, que me aleje de ella; viene a confiarme su desventura,

pero a que la respete; viene a sincerarse, viene a llorar...

PIPO. ¡Pobrecita!

CELSO. No te burles, hombre.

PIPO. Me sonrío simplemente.

CELSO. ¡Es la verdad lo que estoy diciendo!

PIPO. ¡Qué duda cabe! Pero yo me sonrío.

CELSO. Te confieso que he llegado a estar loco de impaciencia, excitado, fuera de mí, nervioso, con fiebre... con una obsesión de todas las horas, sin poder pensar más que en ella. Era para mí ya cuestión de amor propio, ¿comprendes, Pipo?... puntillo de hombre...

PIPO. Ya, ya.

CELSO. Porque no he tropezado nunca con una mujer que más vacile, que más tiemble, que más te engañe, a su pesar; que más veces conceda y que se arrepienta más veces... ¡Me ha vuelto el juicio!

PIPO. Y ¿estás seguro de que hoy viene?

CELSO. Sí; hoy viene. *Mira su reloj.* Aun falta mucho tiempo. Viene, viene. Pero ¡en cuantos momentos he recordado, ante lo inseguro de mi victoria, aquellos versos de Manuel del Palacio que tú me enseñaste!...

«Cazador que a caza vas
de mujer o de león,
¡ay de ti si no le das
en mitad del corazón!»

PIPO. ¡Qué bien dicho está eso! Sin embargo, tú, si no le has dado en la mitad del corazón, le has rozado un poquillo.

CELSO. ¡Naturalmente! ¿Accedería a mi cita, si no; la disculpe y la vele ella como quiera?

PIPO. ¡Y tal mujer! Porque en Madrid tiene fama de virtuosa.

CELSO. ¡Bien ganada, por cierto! Han sido muchos los que la han codiciado en balde.

PIPO. ¡Muchos!

CELSO. A mí, últimamente, ¿quién creerás tú que me ha ayudado más a convencerla?

PIPO. ¿Quién? ¿Infante?

CELSO. Infante. El marido. Extremó su desvío, su mala conducta... sus modos... y a río revuelto...

PIPO. Ese Infante siempre me pareció a mí un botarate.

CELSO. ¡Y lo es! ¡Y hay que celebrar que lo sea! *Recreándose otra vez en la postalita.*

«Cazador que a caza vas
de mujer o de león...»

¡Mira que es guapa!...

PIPO. Es guapa, es guapa.

CELSO. ¡Qué ojos más dulces y qué boca más luminosa! Sí, sí: mira con los labios y besa con los ojos.

PIPO. ¡Justo! ¡Y habla con la nariz!

CELSO. Ríete, ríete.

PIPO. Es que te veo muy metido en poesía.

CELSO. ¡Estoy enamorado, Pipo!

PIPO. ¿Tú?

CELSO. ¡Yo! Y a propósito de poesía: yo traía para ella un librito de versos... *Se palpa los bolsillos de la americana y luego va a buscarlo al gabán, que dejó antes en una silla.* ¿Dónde me lo guardé...? ¿En el gabán, acaso? ¿A que lo he perdido?

PIPO. ¡Pero, hombre!

CELSO. ¡Nada, que lo he perdido! ¡Qué cabeza la mía!

PIPO. ¿Qué libro era?

CELSO. El *Intermezzo*, de Enrique Heine. Un capricho suyo. Pero primorosamente encuadernado, con su nombre en oro... ¡Por vida del...

PIPO. ¿Te lo habrás dejado en el coche?

CELSO. ¿En el coche? No. Es decir, es posible...

PIPO. ¿Dónde lo tomaste?

CELSO. Al paso, en la calle de Peligros... Pero antes de venir aquí estuve en tres o cuatro partes. ¡Vaya usted a saber!...

PIPO. Si ha sido en el coche y el cochero se ha dado cuenta...

CELSO. Oye: ahora caigo en que lo dejé charlando con la portera, como amigos. Me pareció oir que se tuteaban.

PIPO. Ni una palabra más. Pipo en funciones. *Vase por la puerta de la izquierda, corriendo.*

CELSO. ¡Diablo de contratiempo! Sentiría... ¡Es claro que puedo ofrecerle mil iguales... pero la gracia estaba en traérselo hoy! *Mira nuevamente el reloj.* Aun tarda ella. *Pasea desasosegado. Se asoma a la puerta de la izquierda.*

Vuelve Pipo radioso.

PIPO. ¡Eureka!

CELSO. ¿Ha parecido?

PIPO. Hombre, todavía, no; no seas tan vehemente. Pero el coche está ahí. Y el cochero está merendando en la taberna. Porque resulta—¡las cosas de la vida!—que ese cochero que te ha traído aquí es marido de Hilaria.

CELSO. ¿De la portera?

PIPO. De la portera.

CELSO. ¡Ah! Ya me explico la sonrisa de él cuando le dí las señas de esta casa.

PIPO. ¿Se sonrió?

CELSO. Y preocupado como yo venía, no dejó de hacerme pensar. ¡Se me antojaban los dedos huéspedes! Y ya ves lo que era.

PIPO. Bueno, pues Hilaria se ha llegado a llamar-

lo. Ahora bajo yo a hablar con él... y puede que parezca el librito.

CELSO. Sí, Pipo, sí; has tenido una inspiración genial. ¡El libro parece!

PIPO. Así sea. Voy a ver.

No necesita molestarse en bajar la escalera, porque, gorra en mano, llega Horacio oportunamente. Es hombre calmoso, que se escucha hablando, y muy cortés a lo popular.

HORACIO. Pa servir a los señoritos. Buenas tardes.

PIPO. Buenas tardes.

HORACIO. ¿Están buenos los señoritos?

CELSO. Buenos, muchas gracias.

PIPO. Oiga usted.

HORACIO. Mande el señorito. Me he permitido de subir, porque me ha dicho la Hilaria que los señoritos tenían que hablarme.

CELSO. Efectivamente. ¿Quiere usted ver si me he dejado un paquetito en la berlina?

HORACIO. En la berlina, no, señor.

CELSO. ¿Está usted seguro?

HORACIO. Segurismo. En la berlina no se ha dejao nada el señorito. Yo soy un *visual.* El señorito se refiere a un paquetito blanco, atao con una cintita de seda rosa, del tamaño prósimamente de una cartera de caballero...

CELSO. Cabal.

HORACIO. Que el señorito lo llevaba en la mano cuando tomó el coche.

CELSO. Justo.

HORACIO. Por más señas, que una puntita de la cinta rosa iba sujeta al papel blanco con un sello verde. Me parece que soy un *visual.*

CELSO. Sí, señor; en eso no hay duda.

PIPO. ¿Y ha visto usted, por casualidad, dónde se lo ha dejado, ya que no ha sido en berlina?

HORACIO, En la tienda de flores de la Carrera de San Jerónimo.

CELSO. ¡Es verdad; allí ha sido!

HORACIO. Tan ha sido allí, que yo vide entrar al señorito con el paquetito en la tienda y lo vide salir sin él.

CELSO. Sí, sí; es evidente. Allí está. Me lo dejé en el escritorio cuando me senté a poner unas señas.

PIPO. ¿Qué hacemos entonces? ¿Me llego yo por él en la misma berlina?

CELSO. Anda, sí; llégate.

HORACIO. Como si no quiere incomodarse el señorito, y quiere que yo vaya a recogerlo y luego se lo traiga aquí al señorito. Como si el señorito quiere que lo recoja y se lo lleve a su domicilio. ¿El señorito sigue viviendo ahora en Juan de Mena?

CELSO. Sí.

HORACIO. Yo he servido mucho al señorito cuando vivía en Ayala.

CELSO. ¿Ah, sí?

HORACIO. Sí, señorito. *Maliciosamente.* ¡He llevao al señorito muchas tardes a la calle Santa María!...

CELSO. *Sonriendo.* ¡Ah!

HORACIO. Yo soy un *visual*... y el pescante relaciona mucho. El pescante es una portería con ruedas. Al señorito también le he servido bastantes veces.

PIPO. ¿También a mí?

HORACIO. También. Persona que yo veo, la *ficho*. Lo da el oficio. Y que la propina dilata la pupila, señoritos. Por cierto que a este señorito no le he llevao nunca a ningún entierro.

PIPO. ¡Je! ¡Sí que es usted un *visual!* ¡Como que no he ido ni a uno solo! Es un *número* que me salto siempre.

HORACIO. Se lo oí decir una noche al señorito.

PIPO. Yo a los amigos los acompaño mientras puedo servirles de algo. Entierritos, no. En fin, ¡no pienso ir ni al mío!...

CELSO. ¡Hombre!

PIPO. Irán mis despojos, porque los llevarán mis amigos y deudos; pero mi alma libre se guardará mucho de ir. Ya se irá a mejor sitio, ya.

HORACIO. ¿A Parisiana, como la otra noche?

PIPO. ¿Eh? ¿Fué usted quien me llevó a Parisiana?

HORACIO. ¡A ver! ¡Y bastante bien acompañao que iba el señorito! Sin faltar. ¡Pues me reí yo poco a la salida, cuando quería el señorito que la madre de ella se subiera conmigo al pescante!

PIPO. ¡Pero hombre!

CELSO. ¡Ja, ja, ja! ¡No se puede tener nada oculto!

HORACIO. Yo se lo digo a mi mujer, que es muy curiosa: tú, en tu cajón de la portería, te quiés enterar de to lo que pasa y no te enteras; y yo, junto al alquila, aunque no quiera, tengo que enterarme de to. ¡Contrastes!... Especialmente cuando principian las manuelas, va uno en la Central de Teléfonos. Pero, en fin, haber nacido obispo. El humor, por eso, no falta.

PIPO. Ya lo advertimos, ya.

HORACIO. En habiendo salú, señoritos... Y hasta el presente, gracias a Dios... La mujer y las chicas van saliendo adelante. La Tomasita me ha dicho que ha reconocido al señorito.

CELSO. ¿A mí?

HORACIO. Sí, señorito; sí. Dice que de ver al señorito en las *varietés* y en las cacerías de los periódicos ilustraos.

PIPO. ¿*Visual* también la niña?

CELSO. ¡Tiene a quien salir!

HORACIO. Pues yo soy un hombre que ha dicho: Horacio, ya que estás en el mundo, y que tiés que

pasar la vida llorando o riyendo, elige. ¡Pues a reír tocan! ¡Eso qué duda tiene! ¿Discurro mal, señoritos? Como que si va a decir verdá, yo no recuerdo de haberme visto triste más que en una época de mi vida; pero triste pa romper a llorar. ¿Saben los señoritos cuándo? Cuando el alcalde nos puso chistera en vez de gorra. ¡Tomé yo mal aquello! Chiquillerías de los hombres, tal vez.

PIPO. Bien, bien; vamos a lo que importa.

HORACIO. ¿Estoy molestando a los señoritos?

CELSO. De ninguna manera; pero yo tengo impaciencia por recobrar...

HORACIO. Tranquilícese el señorito: el paquetito está en la tienda de las flores. El señorito lo tendrá en su poder de aquí a un rato.

PIPO. Pues vamos por él.

HORACIO. Abajo aguardo yo al señorito. Y na tengo ya que decirles a los señoritos: cualquier cosa que se les ocurra tocante al cuarto, lo mismo la Hilaria que un servidor estamos a servirles. Aquí, en confianza—y los señoritos dispensen si me traslimito—, no se dirijan pa cosa ninguna al azministrador, que es de cuidao. Muy leído y muy *escrivido*, eso sí; pero hay que pedirle las cosas en papel de oficio. Tié muchos humos. ¡Se cree un *superviviente!* Y la Hilaria y un servidor sabemos ya buscarle las vueltas. ¿Estamos?

CELSO. Estamos.

HORACIO. Dispénsemen los señoritos. A la orden de los señoritos. Abajo espero al señorito. *Se marcha por donde llegó.*

PIPO. ¡Caray con el *visual!*

CELSO. ¡Qué pesado!

PIPO. ¡Je! Y ya lo has oído: ¡el administrador se cree un *superviviente!*

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. Bueno: al asunto. Si efectivamente damos con el libro, ¿te lo mando aquí?

CELSO. Sí; mándamelo con un chico de la Peña.

PIPO. ¿O te lo traigo yo?

CELSO. Mejor sería.

PIPO. Pues siempre lo mejor. Oye, antes de irme. Entérate. *Mostrándole sus encantadores paquetitos.* Violetas, emparedados, pastas, *marrones*, *Tío Pepe* y *Veuve Cliquot.*

CELSO. ¡Bravo!

PIPO. En el aparador tienes te y azahar. Y el infiernillo eléctrico.

CELSO. ¡Eres inmenso, Pipo! ¡Mereces la estatua!

PIPO. Me contento con tu amistad.

CELSO. ¡Esa la tienes toda!

PIPO. Gracias. ¡Pero no iré a tu entierro, ya lo sabes!

CELSO. No importa: yo iré al tuyo.

PIPO. ¡Je! ¡Un abrazo!

CELSO. ¡Un abrazo! Y ahora... que venga esa mujer.

PIPO. ¡Vendrá! *Vase gozoso por la puerta de la izquierda.*

Momentos antes, el violinista callejero ha empezado a tocar en el mismo sitio la «Revèrie», de Schumann. Celso, al quedarse solo, se siente más inquieto y nervioso que antes estaba.

CELSO. ¡Bien, hombre, bien!... ¡Bien!... ¡Perfectamente bien!... ¡Bien, bien!... Ese Pipo... Qué iba yo a hacer ahora?... Ah, sí. *Coge el pulverizador que trajo Pipo y perfuma el cuarto otra vez.* Lo mejor será que perfume toda la casa. *Vase a ello por la puerta del foro, y luego vuelve por la de la izquierda ya sin el pulverizador.* ¡Magnífico! ¡magnífico! *Mira el reloj de nuevo.* Ahora... ahora... Ahora al comedor estas chucherías. No, las flores aquí. *Coge los otros pa-*

quetitos, y al ir a marcharse con ellos por la puerta del foro, se detiene prestando oído hacia el balcón. ¿Un coche? Sí. No; es un carro. No, que es un coche. *Se acerca al balcón.* Pero no puede ser ella todavía. *Pausa.* Pasa de largo. *Vase por la puerta del foro. A poco retorna. Mira indeciso a un lado y otro sin saber qué hacer.* Ah, la postal. *La coge y va a guardársela en la cartera.* No. Aquí. Aquí. *La coloca en un mueble.* Que presida la conversación. Hará reír a ella la historia de cómo ha llegado a mis manos. Le pondremos las violetas delante. En este jarroncillo. ¡Ajajá! *Saca su pitillera para fumar, coge un cigarrillo, se arrepiente, lo vuelve a la pitillera y se la guarda. Pasea, sin palabras, barajando en su espíritu las primeras que ha de decirle a la mujer a quien espera. Ensayo inútil: siempre se dicen otras luego. Tararea unos instantes al compás del violín. Se sienta. Se levanta en seguida. Vuelve entonces a sacar el reloj, y luego se lo aplica al oído como si creyese que no anda. Inconscientemente le da cuerda.* ¡Bien, bien, bien!... *De pie coge un libro y lo hojea sin leer nada. De pronto dice:* ¿Otro coche? Sí, otro coche. ¿Será?... *Torna a aproximarse al balcón.* Aun es pronto; pero... *Pausa: tiene el corazón en el oído.* Sí; ahora, sí. Ha parado a la puerta. Ella es. Sentiría que subiera o bajara alguien... *Lleno de emoción, vase corriendo por la puerta de la izquierda a recibir a la señora de sus pensamientos. Las notas de Schumann llenan de suspiros el aire. Queda la escena sola unos segundos. Después, por la misma puerta de la izquierda, y seguida de Celso, aparece una dama elegante que recata cuidadosamente su rostro. Trae velillo. Él le dice:* Ante todo cálmese usted; no tema usted nada. Estamos en un rincón del mundo. Siéntese usted, siéntese usted... *Ella obedece silenciosa. Él, entonces, tembloroso, anhelante, cierra la puerta de la izquierda, y desde ella misma, con voz trému-*

la y alegres ojos, pregunta: Pero ¿es verdad esto, Natalia?

La dama, al oirlo, le contesta, levantándose resueltamente.

QUICA. No; si no soy Natalia.

CELSO. *Desconcertado.* ¿Eh?

QUICA. Si soy yo: Quica.

CELSO. ¡Quica!

QUICA. Quica, sí; Quica. *Se alza el velillo, descubriendo su bello rostro.* Míreme usted bien; asegúrese: Quica. No es Natalia; es Quica. No sueña usted: soy yo; soy Quica.

CELSO. ¡Quica! Pero ¿qué es esto, Quica?

QUICA. Esto... esto son muchas cosas, Celso. Pero ahora le repito yo a usted sus propias palabras. Cálmese usted; serénese usted; siéntese usted. Estamos en un rincón del mundo. ¡En un rincón del mundo... donde va usted a oír lo que no ha oído todavía en ninguna parte!

Habla con calor y vehemencia. Está excitada e impaciente. Celso la ve y la oye azoradísimo, temeroso.

CELSO. Bien, bien... pero... bien... bien...

QUICA. Regular nada más. ¿No se explica usted mi presencia? ¿No entiende usted cómo en lugar de Natalia estoy yo aquí?

CELSO. No; no lo entiendo; la verdad, no lo entiendo.

QUICA. Ni necesita usted jurarlo: tiene u ted puesta una cara de estúpido bien elocuente.

CELSO. ¡Por Dios, Quica!...

QUICA. Disculpe usted mis arrebatos, Celso: estoy fuera de mí; estoy llena de indignación; de una indignación que no se parece a ninguna. Me doy cuenta, con todo, del chasco de usted. ¡Estos chascos ponen muy mal sabor de boca! En vez de estar oyendo ahora mismo a Natalia palabritas de miel,

oye usted a una amiga de ella que le llama estúpido. ¡Hay para matarme!

CELSO. ¡Quica!

QUICA. Discúlpeme usted. Y si no quiere, no me disculpe: me es indiferente. Sobre que le advierto desde ahora que no va a ser sólo ese piropo el que va usted a oírme. Esta tarde se los merece usted todos.

CELSO. Bien; usted dirá. Insultándome, o sin insultarme, o como se le antoje, usted dirá.

QUICA. ¡Bendita sea la Virgen del Amparo!

CELSO. ¿Eh?

QUICA. ¡Bendita sea! A su inspiración debo el haber ido esta mañana a casa de Natalia. Tenía que ser yo, su amiga de siempre, quien la salvara de esta catástrofe.

CELSO. Ah, pero ¿ha sido usted quien ha impedido...?

QUICA. Yo; sí, señor; yo. Páguela usted conmigo, si gusta. Pero sepa usted que además hay enterada de ello otra persona.

CELSO. ¿Otra persona?

QUICA. Otra persona, sí; otra persona. ¿Qué pensaba usted? ¿Que esto era un misterio absoluto? ¿Que maniobraba usted en las tinieblas? ¿Que no se le sentían a usted los pasos? ¡Está usted fresco! ¡Yo no he visto en mi vida un hombre más tonto!

CELSO. En este instante, Quica, no soy más que un hombre angustiado.

QUICA. ¡Angustiado!... ¡Hecho un basilisco es lo que está usted! Aquí la angustia huelga. No van los aires por el camino de los tiros ni de las venganzas. Sosiéguese usted.

CELSO. ¿Acabará usted de decirme lo que me interesa? ¡Por el amor de Dios!

QUICA. ¡Ya lo creo! Pero no me pida usted orden

en lo que diga, porque el estado de mi ánimo no lo permite. Yo no he ensayado ante el espejo, como usted ensaya el día que en el Congreso tiene que hablar de algo. Con todo, procuraré ir por partes. ¡Ay!... Pero ¿habrá pasmarote? ¡Ni siquiera me dice que me siente!

CELSO. Se lo dije a usted cuando entró.

QUICA. Cuando entré se lo dijo usted a Natalia.

CELSO. Bueno; siéntese usted, Quica.

QUICA. Muchas gracias, Celso. Ahora no me da la gana de sentarme; ya me sentaré cuando quiera.

CELSO. Bien hecho: a su gusto. Quédese usted de pie.

QUICA. Ahora es cuando me siento.

CELSO. ¡Vaya! ¡Terminará usted por volverme loco!

QUICA. No se haga usted ilusiones. Ningún tonto se ha vuelto loco nunca. ¡Ay!... ¡Bendita sea la Virgen del Amparo!... En fin, no quiero achicharrarle a usted la sangre más tiempo.

CELSO. ¡Gracias a Dios!

QUICA. Estuve esta mañana en casa de Natalia. Usted sabe que somos íntimas: que Natalia para mí no ha tenido nunca secretos. Pues bien: me vió llegar y se arrojó llorando en mis brazos. Tenía un secreto para mí. Este. Yo conocía las tristezas de ella, la desilusión de su matrimonio, la entereza con que se ha resistido siempre a faltarle a él... Conocía también, de algún tiempo a esta parte, el asedio de usted, que llegó a serle intolerable a la desventurada .. *Estallando de súbito.* ¡Son ustedes los hombres los bichos más malos que se ha entretenido Dios en criar! ¡Zascandiles, vanos, egoístas, presuntuosos, majaderos! ¡Uf! ¡Qué asco! .. Si no la suelto, no puedo seguir.

CELSO. Adelante; adelante. Los hombres somos

la hez de la creación, la escoria del mundo. Adelante. Yo no hago más excepción que la de su esposo de usted, que santa gloria haya.

QUICA. Yo, ni ésa.

CELSO. Adelante.

QUICA. Adelante.

CELSO. Natalia...

QUICA. La infeliz Natalia, que es la mujer más buena que ha nacido...

CELSO. ¡Y la más hermosa!

QUICA. Muchas gracias por la fineza.

CELSO. Dispénseme usted; no sé lo que hablo.

QUICA. No; si le doy las gracias porque al llegar me ha confundido usted con ella.

CELSO. ¡Estaba ciego!

QUICA. ¡Ah! ¿Y porque estaba ciego me confundió? ¡Eso sí que ya no tiene compostura! No da usted una, amigo. ¿Y este pelele quiere ser ministro algún día?

CELSO. No abuse usted demasiado de mi confusión... Apiádese de mí.

QUICA. ¡Apiádese!... Bueno; vamos a seguir con la historia. Natalia me confesó cándidamente que iba a venir aquí... y cuáles eran sus propósitos: suplicar, llorar... ¡La pobre! ¡Qué engañada estaba! Entonces yo, como si fuese su hermana o su madre, le aconsejé que no viniera, si no quería perderse.

CELSO. ¿Usted ha hecho eso?

QUICA. ¡Claro que sí! Pero atienda usted a este golpe. Ella ha recibido un anónimo por el correo interior en el que se le dice: «Ten cuidado, que se te vigila.»

CELSO. ¡Diablo! ¿Y quién habrá podido escribirlo?

QUICA. ¿No lo presume usted?

CELSO. No, señora.

QUICA. Verdaderamente está usted en la luna. Elevado en la adoración de su propio ser, no se entera de lo que le rodea. ¿Usted sabe quién vive ahí junto?

CELSO. *Desconcertado.* ¿Quién vive?

QUICA. Hijo, que le ha salido a usted como de un centinela, y no es para tanto la cosa.

CELSO. ¿Quién vive ahí? ¿No es un sacerdote?

QUICA. Pero ¿de dónde sale usted?

CELSO. ¡Eso me dijo Pipo!

QUICA. ¡Pues ese perro no ha sabido bien lo que olfateaba! Ahí vive una señora muy respetable, distinguidísima, viuda, con muchas relaciones... y que fué uña y carne de la madre de la pobre Natalia.

CELSO. ¡Dios!

QUICA. De esa señora, seguramente, es el anónimo.

CELSO. ¡Dios de Dios!

QUICA. No puede usted tener más cerca la policía. Ni la policía, ni la deshonra y la desesperación de Natalia. Porque a Natalia la sonrojaría que cualquier persona supiera su mal paso; pero que doña Munda lo vislumbre siquiera, le horroriza. Considere usted: el marido de doña Munda fué un calavera que derrochó su capital y el de su mujer en viajes fantásticos, en caprichos inverosímiles; y la buena señora vive hoy de una pensión vitalicia que le consiguió precisamente la madre de Natalia.

CELSO. ¡Animas benditas!

QUICA. Conque piense usted si ha sido Dios o ha sido el diablo quien le ha buscado a usted este nidito.

CELSO. ¡Pobre Natalia! ¿Y usted, Quica, por dónde se ha enterado...?

QUICA. ¡Ah! Por una de estas curiosas casualidades que entretejen la vida. La sobrina de esa señora

ha sido novia de un muchachito mecanógrafo, copista de teatros, paciente de una costurera que va a mi casa. En cuanto Natalia me dijo el nombre de esta calle, recordé yo haberlo oído recientemente; y de recuerdo en recuerdo, atando cabos, dimos con la verdad.

CELSO. ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Lo que no comprendo es que se le haya ido por alto a Pipo! ¡Ahorco a Pipo!

QUICA. No, hombre, no; no ahorque usted a Pipo. Ahórquese usted.

CELSO. ¿Por fiarme de Pipo?

QUICA. ¡No, señor; por mala persona! Lo de menos hubiera sido que Natalia viniese aquí y que lo descubriera doña Munda, por mucha importancia que ahora le dé Natalia a esto; lo grave, lo tremendo, lo irremediable, estaba en el daño que se le habría hecho a su conciencia, turbada para siempre ya. Yo la conozco bien. Al subir esos diez escalones que condujeron a este entresuelito tan monín, hubiera perdido la única fuerza que le queda en la vida para no desesperarse del todo y aun para volver a ser dichosa. ¡Quién sabe!... Y esto se lo dice a usted una mujer viuda, que ha probado lo que vale esa fuerza. ¿Qué diferencia, eh, de esta catilinaria al cuadrito que usted soñaba para estos instantes? ¿Ha traído usted bombones? ¿El *champagne* está puesto en hielo?

CELSO. *Mirándola con saña.* ¡No se burle usted!

QUICA. Ah, ¿quiere usted que lo compadezca todavía? ¡Angelito!

El timbre del portón del cuartito suena. Los dos se sobrecogen; especialmente Celso.

CELSO. ¿Llaman?

QUICA. Sí; sí llaman.

CELSO. Es extraño. Aquí no debe subir nadie.

QUICA. Algún vecino equivocado, quizás...

CELSO. No creo. *Suena otra vez el timbre.* Pero

¿cómo ha dejado la portera...? ¡Ah! ¡Puede que sea Pipo! Sí, sí: debe de ser Pipo, que me trae una cosa. Un momento, ¿eh?

Vase por la puerta de la izquierda.

QUICA. *Respirando a sus anchas.* ¡Ay!... ¡Las ganas que tenía yo de descararme así con este hombre! ¡Por presumido!... *Mirándose en un espejillo que saca de su bolso y retocándose con coquetería.* ¡Sí que he echado buenos colores en la marimorena! No sé cómo no ha visto él la procesión que anda por dentro. Ya la verá, ya.

Vuelve Celso.

CELSO. Pues, señor, he pisado hoy una mala yerba.

QUICA. ¿Qué hay ahora?

CELSO. Estoy de malas, Quica.

QUICA. ¿No era ese amigote?

CELSO. No, no señora: ha sido la portera. Parece que ha habido un accidente de automóvil aquí a la espalda, en el cruce de las dos carreteras...

QUICA. ¿Sí, eh? ¿Grave?

CELSO. Creo que no; que no es grave. Pero hay una muchacha herida, el automóvil está inútil, y van a subir a hablar por teléfono con no sé quién. Se han enterado por la portera de que aquí hay teléfono...

QUICA. Sí, sí...

CELSO. Nos iremos ahí dentro mientras tanto... Y usted dispense...

QUICA. ¡Quite usted! ¿Cómo se niega una cosa así?

CELSO. ¡Claro!

QUICA. ¡Y dice usted que está de malas! ¡Lo que esta es de suerte! Porque ¡mire que si le coge este lance en pleno idilio!...

CELSO. ¡Entonces no entra ni la guardia civil! Ande usted: pasemos ahí al comedorcito, que ya suben.

QUICA. Vamos, vamos.

CELSO. Me llevaré estas cosas.

Quica se entra por la puerta del foro, hacia la izquierda. Celso se detiene a recoger el bolso de ella y el manguito. Entonces oye hablar en el recibimiento y se estremece de cabeza a pies, quedándose luego como petrificado.

LISARDO. *Dentro.* ¿Por dónde, portera?

HILARIA. *Lo mismo.* Por aquí, señorito.

Abre la puerta de la izquierda y deja paso a Lisardo Infante, marido de Natalia, joven, fuerte, acometedor, impetuoso. Celso ahoga un grito. Lisardo se sorprende de hallarlo y avanza hacia él.

LISARDO. ¡Calle! ¡Galiana!

CELSO. ¡Infante!

LISARDO. ¡Qué sorpresa! ¿Vive usted aquí?... *Fijándose en el gabinetito.* Es decir... ¡Bueno! Usted me perdona, ¿verdad? Vengo a incomodarlo. Ya le habrá dicho la portera...

HILARIA. Sí; sí, señor; ya le he dicho yo al señorito...

CELSO. Sí; ya me ha dicho... Déjenos, Hilaria.

HILARIA. Aquí fuera estoy pa lo que se ocurra. *Se va; pero sin duda se queda detrás de la puerta.*

CELSO. Un herido, ¿no?

LISARDO. Una herida: Mercedes; la de Pepe Sala. Creo que es poca cosa. Pero viene con nosotros la madre, y ¡ha empezado a dar unos gritos!... ¡Bueno! ¡Hay Providencia! ¡Hemos nacido hoy! La culpa la tengo yo por dejar que guíe esa mala bestia de Paulino Ramal. Me ha hecho cisco el coche. Menos mal que podemos contarlo.

CELSO. Menos mal.

LISARDO. En fin, con permiso de usted. *Va al teléfono.* Voy a pedir un auto al Casino para que nos lleve ahí a la Clínica de Carlos Aedo, que está más

cerca y que me merece más confianza que la Casa de Socorro.

CELSO. Sí, sí; lo que usted quiera.

LISARDO. Perdone usted el *numerito*. Comprendo que lo estoy fastidiando a usted.

CELSO. No, no...

LISARDO. Por lo menos lo he asustado.

CELSO. Eso sí; asustarme, sí... Creí que era algo más...

LISARDO. Ha podido serlo. *Al teléfono.* Central. Central. Mayor, 43-50. Sí, señora: 43-50. El *chauffeur* también está magullado. Y Paulino se ha hecho un chichón en la mollera. Pero no ha llegado a salir serrín. *Espera un momento a que le hablen del Casino. Pasea en tanto la mirada por el cuartito, y sonríe, mientras Celso hace esfuerzos por serenarse. Luego continúa hablando al teléfono.* ¿Casino de Madrid? Soy yo: Lisardo Infante. Sí: Lisardo Infante. ¿Me oye? Bien. ¿Puede mandarme a escape, al vuelo, un auto? Un auto, sí. A... *A Celso.* ¿Cómo se llama el sitio éste?

CELSO. Avenida del General Marlá.

LISARDO. *Al teléfono.* A la Avenida del General Marlá. Es para conducir un herido por un accidente de mi coche. Que venga volando. Gracias. Adiós. *Deja el aparato.* Y otra vez perdón, Galiana.

CELSO. Calle usted, Infante.

LISARDO. Usted sabe lo que son estas cosas.

CELSO. No hable usted una palabra más...

LISARDO. Gracias. *Le estrecha la mano.* Es que yo, como se dice en las comedias, lo comprendo todo.

CELSO. No, no... pues se equivoca usted... No hay caso.

LISARDO. *Señalando a las prendas de Quica.* ¿Con que no hay caso? ¡Vaya! El onceno...

Va a irse, y al estrecharle nuevamente la mano, tropiezan sus ojos con la postalita de su mujer, a la cual se dirige entonces, no queriendo dar crédito a lo que mira.

CELSO. *Aterrado y casi para sí.* ¡El retrato!...

LISARDO. *Cuando se cerciora de que la postal es de Natalia, volviéndose, trémulo, hacia Celso e interrogándole con la actitud.* ¿Eh?

CELSO. *Maquinalmente.* ¿Qué?

LISARDO. *Sin voz casi.* Es Natalia.

CELSO. Sí... pero...

Sale Quica por la puerta del foro a impedir que le dé a su amigo un ataque. Viene sin abrigo y sin sombrero, luciendo sus cabellos dorados, y tranquila y risueña, como si estuviera en su casa.

QUICA. Pero, nada: nada absolutamente.

CELSO. ¡Quica!

LISARDO. ¡Quica!

QUICA. Este hombre, por respeto a mí, va a mentir muy mal y va a hacer que piense usted cualquier desatino.

LISARDO. Pero...

QUICA. Mi presencia ¿no se lo explica todo?...

CELSO. ¡Quica!

QUICA. *Tú... tú* te callas.

LISARDO. Sí; sí, señora... Y ahora me contraría doblemente...

QUICA. No se apure usted. Es usted un hombre de honor, y eso me basta. Nadie sabrá que usted me ha visto aquí.

LISARDO. Nadie: esté usted segura.

QUICA. Entonces.. ¿a qué decir más? Con verlo basta, ¿no? Celso y yo... ¿usted comprende?.. Si no nos hemos casado todavía ha sido... ha sido para no aborrecernos demasiado pronto.

LISARDO. ¡Quica, por Dios!

QUICA. Los matrimonios que conozco me hacen hablar así. *Lisardo baja la cabeza.* Otra causa de este misterio véala usted en el respeto a la familia del que fué mi marido. Mi viudez es demasiado reciente. Pero este cariño entre Celso y yo es honrado, Lisardo. Por eso me he atrevido a traer a esta casa, que es la mía, un retrato de mi amiga más entrañable y los de los seres a quienes más quiero yo. En el comedorcito tengo a mis padres. Pase usted a verlos, si gusta.

LISARDO. De ningún modo, Quica. No me ofenda usted suponiendo que dudo de lo que me dice. Dios le pague su aparición. ¡En un segundo no sé lo que pasó por mí! Dejo a ustedes... Estoy desquiciado... No quiero molestarles más. Adiós; adiós. Y gracias por todo; muchas gracias.

QUICA. ¡Que no lo sepa nadie, Lisardo!

LISARDO. ¡Se lo juro a usted!

QUICA. ¡Ni Natalia!

LISARDO. ¡Ni Natalia! Fíe usted en mí. Adiós. *Vase, turbadísimo, por la puerta de la izquierda.*

QUICA. Adiós.

CELSO. Adiós.

QUICA. *Advirtiendo la confusión de Celso.* ¡Hombre, acompáñelo usted a la puerta; no sea usted doctrino!

CELSO. ¡Es verdad! *Se va corriendo tras Lisardo.*

QUICA. *Casi llorando y casi riendo.* ¡Gracias otra vez, Virgen mía del Amparo! ¡Me has levantado de vena esta mañana!... ¡Jesús! ¡Jesús!... Pero hay ocasiones en que a las mismas mujeres nos cuesta trabajo fingir.

Vuelve Celso. Se dirige a Quica como un resucitado, lleno de emoción y de gratitud.

CELSO. ¡Quica! ¡Amiga mía! ¡Cuánto le debo a usted!

QUICA. ¡El pellejo!

CELSO. ¡Me ha salvado usted de una tragedia!

QUICA. ¡Y a Natalia!

CELSO. ¡Oh! ¡Natalia! ¡Qué espanto si llega a estar aquí!

QUICA. ¡Ah! ¡Si llega a estar aquí! ¿Ahora tiembla usted, traidorzuelo?

CELSO. ¿No he de temblar, Quica?

QUICA. ¡Ay, Celso... yo también!

Se estrechan las manos, mirándose con profunda emoción e interrogándose sin palabras.

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinetito en casa de doña Munda, igual al de al lado, que ya conocemos, con la sola diferencia de que está a la izquierda del actor el balcón y la puerta que da al recibimiento a la derecha. Esto en cuanto al lugar. Los muebles, en cambio, son enteramente distintos: no cuadran bien entre tales paredes; requerirían más amplio y vetusto escenario. Hay una butaca antediluviana, una tarima con brasero, sillas de viejo estilo, piano y lámpara contemporáneos de ellas, cuadros antiguos de grabados y al óleo y cortinas de yute.

Es media hora después del acto primero. La lámpara aparece encendida.

Doña Munda sale por la puerta de la derecha de vuelta de su visita al piso segundo. Viene preocupada.

DOÑA MUNDA. ¿Qué podrá ser lo que ha sucedido?... Me ha metido en aprensión esa mujer. Estoy en ascuas. Voy a llamarla aquí con cualquier pretexto, y algo más sacaremos en limpio. *Se sienta en su butaca y llama.* ¡Berenguela! *Pausa.* ¡Berenguela! Esta Berenguela se pierde en este cuarto, como si fuera el Palacio Real. ¡Berenguela!

Sale Berenguela por la puerta del foro. Es, hace algún tiempo, criada de doña Munda, con la que se permite todo género de confianzas. Nació en tierra de Burgos.

BERENGUELA. ¿Señora?

DOÑA MUNDA. ¡Te he llamado tres veces!

BERENGUELA. ¿Sí, verdad? Pero ¿no hay timbre en esta pieza?

DOÑA MUNDA. Sí, hay timbre; pero yo no he tenido ganas de tocarlo. ¿Dónde estabas metida?

BERENGUELA. Limpiando la plata en el comedor.

DOÑA MUNDA. Bien; pues busca a la portera y dile que venga.

BERENGUELA. ¿A la señora Hilaria?

DOÑA MUNDA. Sí.

BERENGUELA. ¿Que venga?

DOÑA MUNDA. Sí.

BERENGUELA. Me choca.

DOÑA MUNDA. Pues a pesar de eso; que venga. Escucha primero. Mientras yo he estado arriba, ¿has oído tú algo aquí junto?

BERENGUELA. No, señora. Mientes, Berenguela. He oído el timbre de la puerta y el timbre del teléfono. ¡Qué invención esta de los timbres!

DOÑA MUNDA. Ya. Pues avísale a Hilaria.

BERENGUELA. Sí, señora. *Vase por la puerta de la derecha.*

DOÑA MUNDA. Puede que todo sean figuraciones mías... Puede que mi cariño a Natalia me lleve a ver visiones... A veces, una falsa pista... Pero no, no; van juntándose ya muchos datos... En fin, yo he de descubrir la verdad, aunque la escondan en un sótano.

Vuelve Berenguela con Hilaria.

HILARIA. *Desde la puerta.* ¿Da ustez su permiso?

DOÑA MUNDA Entre usted, Hilaria; entre usted.

HILARIA. ¿Qué manda la señora?

DOÑA MUNDA. Quería advertirle a usted .. La primera vez que vuelva por aquí ese señor a quien saludé antes en el cuarto de al lado...

HILARIA. ¡Ah! Don Pipo.

DOÑA MUNDA. Dígale usted que yo deseo hablar-

le. Y si por casualidad no estoy aquí cuando él llegue, que me aguarde un momento.

HILARIA. Sí, señora. ¡Claro! Va ustez a preguntarle... ¡Natural! Es lo que dice el estudiante que vive en la guardilla: «El misterio del cuarto entresuelo...» Y está ustez inquieta.

DOÑA MUNDA. No...

HILARIA. ¡Pues hay pa inquietarse, señora! ¡Mire ustez que el paso de hace un rato!... ¡Ha sido una cinta!

DOÑA MUNDA. ¿Sí?

HILARIA. ¡Una cinta! Ate ustez pormenores. Don Pipo me había dicho a mí, así que ustez salió del cuartito: «Luego va a venir un caballero, y después del caballero vendrá una señora. ¡Chitón, Hilaria! ¡Ni aunque estornuden diga ustez Jesús!»

BERENGUELA. ¡Jesús!

HILARIA. Y así fué. Él llegó antes y ella luego, cuando ya se había marchao don Pipo. La Tomasita le vió a él y le reconoció. Es un señorito deputao. Se llama don Celso Galiana.

DOÑA MUNDA. *Sobrecogida.* ¡Ah!... Don Celso Galiana...

HILARIA. ¿Ustez le conoce también?

BERENGUELA. ¡Ya lo creo!

DOÑA MUNDA. ¿Qué sabes tú?

BERENGUELA. ¡Sería la primera persona a quien usted no conociese!

DOÑA MUNDA. Calla.

HILARIA. Pues verá, ustez señora. Yo, entonces, eché a volar la loca de la casa. Porque es lo que dice la Alifonsa, la tabernera: «¿Secreto, y ella y él? ¡Hay pastel!»

DOÑA MUNDA. ¿La tabernera dice eso?

HILARIA. Sí, señora.

DOÑA MUNDA. Pues parece de Séneca.

HILARIA. ¿De quién?

BERENGUELA. ¡De otro amigo! ¡Si conoce a medio Madrid!

DOÑA MUNDA. Calla, Berenguela.

HILARIA. Y no llevaba ahí la parejita ni un cuarto de hora, cuando pasó lo del automóvil.

DOÑA MUNDA. No sé qué es lo del automóvil.

HILARIA. Como la señora estaba en el segundo, no se enteró. Pues ha habido un acidente ahí a la vuelta; y un señorito vinó a mí con Eladio el guardia, que le había dicho que había teléfono en el entresuelo de la izquierda, pidiéndome por Dios que le dejara subir pa dar un aviso ¡Vea ustez qué compromiso pa una! Pero yo, ¿qué iba a hacer, señora? En un caso así... Los acidentes son los acidentes.

DOÑA MUNDA. ¡Claro! En un caso así, no es posible andar con miramientos.

HILARIA. Y subió el señorito del auto, y resultó que era amigo del otro señorito.

DOÑA MUNDA. ¡Qué casualidad! ¡El del auto amigo de Galiana!... Sí; como Galiana es una persona tan conocida...

HILARIA. Y llamó por teléfono pidiendo otro auto, que vino a escape y se los llevó a todos ahí a la Clínica de esa calle nueva. Y yo, que me había quedao detrás de la puerta, por si hacía falta pa cualquier cosa, me enteré del nombre del señorito.

DOÑA MUNDA. Sí; don Celso; ya me lo ha dicho usted.

HILARIA. No, señora; me enteré del nombre del otro señorito; del del teléfono; del del coche: don Lisardo Infante.

DOÑA MUNDA. *Estremeciéndose.* ¿Eh?

HILARIA. Don Lisardo Infante: así dijo al pedir el auto. ¿Le choca a la señora? ¡Se ha puesto blanca la señora!

DOÑA MUNDA. No...

HILARIA. ¿Es que la señora le conoce también?

BERENGUELA. ¡Digo!

DOÑA MUNDA. Mira, Berenguela, vete al comedor. Sigue con la plata.

BERENGUELA. Ahora me iré. Así que vea en lo que para esto.

HILARIA. Pues esto para en que de pronto, yo no sé lo que pasó allí que en dos minutos no se oyó ni una mosca. Cuando en medio de este silencio, la señorita, que a la cuenta se había escondido, salió del escondite... y resultó que también conocía al Infante y el Infante a ella.

DOÑA MUNDA. *Sin aliento casi.* ¡Hilaria!...

HILARIA. A ella la dicen un nombre que no parece de persona: la dicen Quica.

DOÑA MUNDA. ¿Quica?

HILARIA. Quica, sí.

DOÑA MUNDA. *Súbitamente alegre.* ¡Ah!... ¡Quica!... ¡Quica!...

BERENGUELA. ¿Lo ve usted? ¡También conoce a Quica!

HILARIA. Este nombre le ha caído a la señora mejor que el otro.

DOÑA MUNDA. Es posible... ¡Pero qué cosas me cuenta usted, Hilaria, y qué serie de coincidencias ha habido aquí!... En fin, usted estará satisfecha; porque ya sabe usted, hasta con nombres propios, la historia del «misterio del cuarto entresuelo», como le llama el estudiante de arriba... Enhorabuena... y gracias. Gracias... ¡Gracias a Dios! Hasta luego ¡Ah!... *Como quien se ha quitado un peso de encima, se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

HILARIA. Hasta luego. ¡Ella sí que sabe nombres propios! Es lo que dice mi marido: esa doña Munda es un libro de señas.

BERENGUELA. Un libro de señas *talmente*. Porque delante de mi señora no se habla de nadie de quien ella no pueda dar informes.

HILARIA. Y no pregunta nada y se entera de todo.

BERENGUELA. Usted sabe que algunas noches vamos las dos al paraíso del Real. Pues hay que oírla. No asoma una persona en un palco, que ella no diga: «¿Hola? ¿Tú por aquí?» Y aquello de: «¡Hombre, está ése en Madrid! Yo lo hacía en Barcelona.» Y lo otro de: «Esta noche no viene Fulanita porque va a la Princesa». O si no: «¡Qué pronto se alivió del luto la Perenganal» Y cosas tan chuscas como saber que un abrigo de lujo, es un caso, se lo ha regalado a la señora Tal, su Majestad la reina. Porque, ¡andá! ¡de las cosas de Palacio sabe también más que un alabardero! Y lo que ella no sabe se lo averigua su sobrina, que parece de la policía.

HILARIA. ¿La maestra de escuela?

BERENGUELA. Sí. Muchas noches se ponen las dos aquí a leer los periódicos, y es una comedia. «Se ha muerto éste; se ha casado el otro; se ha fugado aquélla; cumple años Juan; está de días Pedro; ha nacido un niño; le van a poner como a su padre; le debían poner como a su abuelo.» ¡Le digo a usted que me acuesto con dolor de cabeza!

HILARIA. Bueno, me voy ya, que he dejao sola la portería.

BERENGUELA. Adiós, señora Hilaria.

HILARIA. Adiós. *Se marcha por la puerta de la derecha.*

BERENGUELA. *Moviendo el brasero.* Malo andas tú. La señora deja que te apagues y luego me da a mí la culpa.

Hilaria habla dentro.

HILARIA. Pase ustez, señora. Sí está la señora; sí está.

BERENGUELA. ¿Quién es?

Sale Quica seguida de Hilaria.

QUICA. Buenas tardes.

HILARIA. Esta señora, que iba a llamar aquí cuando yo salía, y que desea ver a tu señora.

BERENGUELA. ¿Quién le digo que quiere verla?

QUICA. Dígale usted... Dígale usted que soy una amiga de los inquilinos de al lado.

BERENGUELA. Ya sabrá ella quién es. *Vase por la puerta del foro.*

Hilaria está devorando con los ojos a Quica. Quica la mira a ella, y ella entonces se retira prudentemente por donde llegó, cerrando tras de sí la puerta. Huelgan los comentarios.

HILARIA. Con permiso de la señora.

Quica queda sola, observando la habitación.

QUICA. Pared por medio, ¡qué casas tan distintas!... *Pausa.* Adelante, Quica; adelante. Estás de suerte. *Sonríe. Se le alegran diabólicamente los ojos, que parecen dos negritos que bailan.* Ahora, ante todo, arrancarle a esta buena señora la menor duda; la menor sospecha respecto de Natalia. El cuartito de la aventura misteriosa va a ser un regalo de boda que Celso y yo le hacemos a una ahijada mía. Muy bien. Y Celso y yo nos adoramos en secreto. Muy bien; muy bien. ¡Ay, Celso, Celso!... ¡Entre la Providencia y Quica te están tejiendo una tela de araña!... ¡Ay, Quica, Quica!... ¡No se puede dudar que estás que hablas sola!... ¡Ay, Virgen del Amparo!...

Por la puerta del foro vuelve doña Munda. Al hallarse con Quica exclama:

DOÑA MUNDA. ¡Quica! ¿Usted?

QUICA. Yo misma, doña Munda. ¿Cómo vamos?

DOÑA MUNDA. Bien, ¿y usted?... Pero ¡qué sorpresa! ¡Usted por mi casa!... Siéntese usted, Quica... Se ha anunciado usted de una manera tan particular...

QUICA. Ahí está la gracia. No crea usted que no me he reído. Ya hablaremos; ya le contaré.

DOÑA MUNDA. ¡Qué guapa está usted, hija mía! ¡Pero qué guapa!

QUICA. ¿Y me lo dice usted, doña Munda?

DOÑA MUNDA. ¡Jesús! Yo ya he pasado. Conque, a ver, a ver... ¿A qué debo el gusto?... Porque me tiene usted impaciente.

QUICA. Es natural. Una *amiga de los inquilinos de al lado* mete en curiosidad a cualquiera. ¡Vaya si se han hecho folletines a cuenta del cuartito! ¡Lo que ha desbarrado esa portera!... Y Pipo Santaella—usted conoce a Pipo, ¿verdad?...

DOÑA MUNDA. ¿Quién no le conoce?

QUICA. Ha contribuído a la obra novelesca con la gracia de Dios. Pipo tiene los siete saleros.

DOÑA MUNDA. Siempre ha sido un buen peine.

QUICA. Yo he gozado lo que no es para dicho. ¡Me divierten enormemente estas fábulas! ¡Que la gente se lo figure todo... menos lo que es! Hoy mismo he venido recatadamente, tapándome hasta el pelo. He pasado por la portería como una sombra... ¡Ja, ja, ja! Pero ya, al enterarme de quién era la nueva vecina de junto, me dije: Quica, vamos a ponerle a la novela punto final.

DOÑA MUNDA. No crea usted que no lo agradezco.

QUICA. Ese cuartito lo hemos tomado y amueblado Celso y yo—luego hablaré de Celso—, valiéndonos de Pipo Santaella, que sirve para todo, y con destino a una ahijadita mía que se va a casar esta primavera que viene.

DOÑA MUNDA. La sobrina de Telesforo, ¿no?

QUICA. *Un poco asombrada.* La sobrina de Telesforo, sí. ¿Usted la conoce?

DOÑA MUNDA. Sí. Y estoy enterada del noviaz-

go. Se va a casar con un tal Nicanor Amarante. Buen partido. Casa bien la chica. Sea enhorabuena.

QUICA. Sí, sí... casa bien.

DOÑA MUNDA. Lo he sabido todo por una verdadera casualidad. El mundo es un pañuelo. Una sobrina mía, hija de Pompeyo Diana, es íntima amiga de un señor que lleva la correspondencia extranjera... en no sé qué Banco—ahora hay un Banco en cada esquina—, y por él he tenido noticias directas...

QUICA. Ya.

DOÑA MUNDA. A Telesforo hace un siglo que no le veo.

QUICA. No es raro; siempre está de viaje.

DOÑA MUNDA. Sigue viviendo con Genoveva, por supuesto.

QUICA. Sí; con Genoveva.

DOÑA MUNDA. A ella sí la vi no hace mucho. ¡Qué bien se conserva esa mujer!

QUICA. ¡Oh! Es un prodigio.

DOÑA MUNDA. Nadie dice la edad que tiene.

QUICA. Nadie. ¡Ni ella!

DOÑA MUNDA. ¡Ella, ni con un puñal en el pecho!

Ríen las dos.

QUICA. Pues para esa futura parejita es cabalmente el nido puesto con tanto cariño por Celso y por mí. Yo la quiero a ella mucho. Será nuestro regalo de boda. Y ahora entro con Celso; que no he dejado de advertir cierto pasmo de usted las dos veces que le he nombrado. Se trata de Celso Galiana.

DOÑA MUNDA. Sí, ya supongo... No somos amigos, pero le veo con alguna frecuencia. Sobre todo le veo en el Real, en el palco de Natalita.

QUICA. ¡Son íntimos! ¡Él es muy amigo de Lisardo!

DOÑA MUNDA. ¿Muy amigo?

QUICA. ¡Mucho! ¡Por Lisardo justamente conocí

yo a Celso! Lisardo me lo presentó. Y hasta es un poco responsable de nuestras relaciones. No sé si algún día necesitaré pedirle cuentas.

DOÑA MUNDA. Pero...

QUICA. Sí, doña Munda, sí: Celso y yo... pensamos en la Vicaría.. ¡Nuevas hojas!... Aún no es cosa resuelta, pero es más que probable que yo *reincida* en el matrimonio. ¡No me fijé bien la otra vez en la Epístola de San Pablo, y voy a ver si la oigo de nuevo y se me pega un poquito más!

DOÑA MUNDA. Me alegro mucho, Quica. ¡Cuántas satisfacciones me está usted dando! ¡Cuántas!... Más de las que usted puede presumir. Y en cuanto a ese deseo de nuevas hojas... yo lo aplaudo Y lo hallo lógico en toda mujer que tan joven se queda viuda. Si le fué bien, es natural que ame el matrimonio. que no desconfíe; y si le fué mal, es más natural todavía que sueñe en uno nuevo... para ver si le va mejor.

QUICA. Mi cálculo es otro.

DOÑA MUNDA. ¿Cuál?

QUICA. ¡Que peor de lo que me fué es imposible que me vaya!

DOÑA MUNDA. ¡También es un punto de vista!

QUICA. Pero ¡qué casualidad, doña Munda ¡Al cabo del tiempo que no nos veíamos, coincidir hoy aquí a charlar de estas cosas!...

DOÑA MUNDA. Hija, ya se lo he dicho a usted: si es que este mundo cabe en la palma de la mano. No me canso de repetirlo.. Yo me convencí de esta verdad el día que desembarqué con mi marido en Montevideo, y la primera persona a quien topé en el muelle fué un tal Pinacho, de Carmona, que me debía veinticinco duros. Cuando me vió aquel hombre, yo creí que se moría del susto.

QUICA. Ciertamente, es muy chico este mundo; muy chico. Nos tropezamos y nos estorbamos a cada

paso, a cada instante... y, sin embargo, ¡qué poquitas veces se encuentran dos personas que se debieran encontrar!

DOÑA MUNDA. Eso es porque nadie está a gusto con su suerte.

QUICA. No sé por qué será; pero no se encuentran... Oiga usted las lamentaciones de tantos y de tantas... ¿Por qué nos habremos conocido? ¿Por qué te conocí tan tarde? ¿Por qué fuiste tú y no aquel otro? ¿Por qué no sería aquélla y no ésta? ¡Quién naciera de nuevo para buscarte! Pero ¿dónde estás, que yo no te veo? Pero ¿no me oyes, y sin cesar te llamo?... ¡Y así mil historias! Este mundo es a veces muy grande y a veces muy pequeño... ¿Qué necesidad tenía yo de haberme encontrado en ninguna parte a mi marido? Y en cambio, en cambio...

DOÑA MUNDA. En cambio, ¿qué?

QUICA. Nada. ¡Y protestan los hombres serios, los hombres graves, de la superstición! Estupidez, majadería, ignorancia... Pero ¿cómo no ha de existir la superstición en esta vida, donde en echar por una calle a echar por otra estriba que la pase usted llorando o riendo? Si al ministro de la Guerra le da un calambre en la mano derecha y no firma el traslado del que fué mi marido a Jerez, a estas horas sería yo dichosa. ¡Y no le dió el calambre!

DOÑA MUNDA. Pero ¿no lo es usted ya a estas horas?

QUICA. ¡Oh!...

DOÑA MUNDA. Va usted a unirse a un hombre joven, simpático, rico, de posición brillante, mimado de todos, enamorado sin duda ninguna de usted...

QUICA. ¡Ay!...

DOÑA MUNDA. No se queje usted ahora de su suerte.

QUICA. Tiene usted razón, doña Munda: mi suerte es envidiable...

DOÑA MUNDA. Pues ¿y la de él?

QUICA. ¡Ah! ¡La de él... la de él!... Pero ¿quién sabe, todavía? De eso hablábamos ahí al lado él y yo hace unos minutos.

DOÑA MUNDA. ¿Él ha estado ahí también?

QUICA. Y aun está. Hemos venido a darle al nidito los últimos toques en colaboración. Mañana o pasado traeremos a verlo a los tórtolos.

DOÑA MUNDA. Un favor tengo yo que pedirle a Galiana.

QUICA. ¿Sí? ¿Quiere usted pedírselo ahora mismo? Ande usted con él. Hoy está para ello. Tiene un buen día.

DOÑA MUNDA. No sé si deba... Me iba a valer de Pipo.

QUICA. Pues entre Pipo y yo, doña Munda... yo soy mejor intermediaria. Vamos a mandarlo llamar.

DOÑA MUNDA. ¡Quica!

QUICA. ¡Faltaría otra cosa! Se lo presento a usted y yo me voy a ver a Natalia. Y usted le pide sin ambages. No importa que en mi nombre apriete usted bien los tornillos.

DOÑA MUNDA. Es usted el demonio.

QUICA. Ande usted, llame a su criada.

DOÑA MUNDA. Bien. ¡Berenguela! ¡Berenguela!

QUICA. ¡Jesús, qué nombre más heroico!

DOÑA MUNDA. ¡Berenguela!

Por la puerta del foro sale Berenguela.

BERENGUELA. ¿Seguimos sin timbre, señora?

DOÑA MUNDA. Sí; seguimos sin timbre.

BERENGUELA. A ver. *Toca el del gabinete.* ¡Pues mire usted si suena éste!

DOÑA MUNDA. ¡Pues no me da la gana de tocarlo! Vas a pasar ahí junto...

QUICA. Y al caballero que le abrirá el portón le

dice usted que tenga la bondad de venir aquí, que hay dos señoras aguardándole.

BERENGUELA. Está bien.

DOÑA MUNDA. ¿Te has hecho cargo?

BERENGUELA. ¿Es que soy la tonta de mi pueblo? *Se va por la puerta de la derecha.*

QUICA. Mal genio tiene Berenguela, doña Munda.

DOÑA MUNDA. Mal genio tiene, sí. Es una servidora excelente: honrada, fiel como una perra, limpia... Pero me riñe mucho.

QUICA. ¡Qué gracia!

DOÑA MUNDA. No me pasa una.

QUICA. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MUNDA. La sobrellevo porque es impagable. Me sirve muy bien, y puedo salir confiada, dejándola aquí dentro. Aun tengo en mi casa algunas cosillas de valor... restos del naufragio... *Suspirando.* ¡Ay!... ¿Dijo usted que iba a ver a Natalia?

QUICA. Sí, señora; ahora voy allá. A formar plan para la noche.

DOÑA MUNDA. Pues dígale usted de mi parte que siquiera una vez al año... venga a confesarse con esta vieja. ¡Qué olvidada me tiene!

QUICA. ¿Sabe ella que vive usted aquí?

DOÑA MUNDA. No; no se lo he dicho todavía... ¿Para qué, si no viene nunca? Y yo la quiero... ¡No sabe Natalita cómo yo la quiero! ¡Le debo tanto a la otra Natalia!...

QUICA. ¡Ah, la madre! ¡Qué gran señora es! ¡Y ha debido de ser hermosísima!...

DOÑA MUNDA. ¡Oh! Natalita no es ni su sombra. La recuerda, se le parece... pero no, no... *Se presenta Celso en la puerta de la derecha, en la mano el sombrero y los guantes. Berenguela viene con él.* Pase usted, señor mío...

QUICA. Pasa, pasa.

BERENGUELA. Era este caballero, ¿verdad?

QUICA. Este mismo era.

BERENGUELA. *A doña Munda.* Mire usted si me había hecho cargo. *Se retira por la puerta del foro.*

DOÑA MUNDA. *A Quica.* ¿Lo ve usted? No puedo descuidarme ni en tanto así.

QUICA. *A Celso, que está desconcertado; que no pisa en terreno firme.* Tengo el gusto de presentarte, Celso, a la señora viuda de Flores...

CELSO. Señora...

DOÑA MUNDA. Beso a usted la mano... Siéntese usted.

QUICA. Nuestros ahijaditos no han podido ser más afortunados en la vecindad que les toca en suerte.

DOÑA MUNDA. Es usted muy amable, Quica.

QUICA. Digo la verdad.

CELSO. La verdad nada más.

DOÑA MUNDA. Yo he sido muy amiga de su padre de usted. En tiempos ya lejanos... En la última página de mi álbum me escribió unos versos muy galantes.

CELSO. Su flaco; los versos.

DOÑA MUNDA. A Merceditas ya sé que la han pedido.

CELSO. ¿A mi hermana?

DOÑA MUNDA. Sí; lo leí la otra noche.

QUICA. Pero se retrasa unos meses la boda.

DOÑA MUNDA. Sí; por el luto de él. ¡Qué desgracia más tonta la del pobre Arturo! ¡Esas motocicletas van a acabar con medio Madrid! ¡Chisme más antipático!

QUICA. No, doña Munda: no se sabe dónde está la muerte.

CELSO. ¡No se sabe nada de nada!

DOÑA MUNDA. Algo se sabe de algunas cosas...

CELSO. ¡Ah!

QUICA. Cuidado, amiga mía, que este hombre... este hombre de mundo se ruboriza cuando se le alude a mi persona.

CELSO. ¡Je!

QUICA. Bueno, y yo me marcho.

CELSO. ¿Te... te vas?

QUICA. Sí. Esta señora tiene que pedirte un favor, y tú tienes que hacérselo.

CELSO. ¡Ojalá esté en mi mano!

QUICA. Aunque no lo esté. Buscas la mano en que pueda estar y la guías.

CELSO. Pero... tú, ¿adónde vas ahora?

QUICA. A casa de Infante; voy a ver a Natalia. Aquí se lo dejo a usted, doña Munda.

DOÑA MUNDA. Yo lo detendré poco tiempo.

QUICA. Oye: si decidimos ir luego a algún teatro, te lo avisaré por una esquelita.

CELSO. Bueno; sí.

QUICA. Y si no, mañana a estas horas vente como hoy al cuartito de los ahijados.

CELSO. Bueno.

QUICA. ¡No acaban de gustarme los dos cuadritos del comedor!

CELSO. ¡Ni a mí tampoco!

QUICA. Hasta mañana, entonces, o hasta lueguito.

CELSO. Adiós. Hasta lueguito.

DOÑA MUNDA. ¿Me permite usted que la acompañe?...

CELSO. ¿Cómo no, señora?

DOÑA MUNDA. Un momento. Pase usted, Quica.

QUICA. Muchas gracias.

Se van los dos por la puerta de la derecha. Quica le sonríe a Celso y lo saluda con la manita. Celso le sonríe a ella, sin ser dueño de sí: le sale una mueca en vez de una sonrisa. Aun no está repuesto de la im-

presión, cuando vuelve Quica un instante a remachar el clavo.

QUICA. Me dejaba el bolso. *Bajo a él.* Esta señora se ha tragado todas las papas. No salga usted de lo convenido: el cuartito es para mi ahijada... y usted y yo nos queremos como dos fieras. *Le vuelve la espalda y se va.*

CELSO. *Desazonado, inquieto.* ¡Mucho le debo a esta mujer; pero me parece que ya está forzando el consonante! ¡No hacía falta ninguna crearnos esta situación para alejar toda duda respecto de Natalia! ¿Cómo va luego a desenredar la madeja? ¡Las mujeres son temerarias, locas!

Reaparece doña Munda por donde se fué, interrumpiendo el monólogo de Celso, a quien mira con gran complacencia antes de hablarle.

DOÑA MUNDA. ¡Buena elección, amigo!

CELSO. ¿Eh?

DOÑA MUNDA. ¡Buena elección! Guapa, joven, inteligente... y con muy amargos recuerdos del primer marido.

CELSO. *Automáticamente.* Del primer marido...

DOÑA MUNDA. Siempre son cimientos para la felicidad del segundo. Pero siéntese usted.

CELSO. Con mil amores. Y usted me dirá en qué puedo servirla.

DOÑA MUNDA. Ya hablaremos. No es nada de particular... ¿Tiene usted prisa?

CELSO. No; no, señora; no.

DOÑA MUNDA. He creído verlo a usted impaciente.

CELSO. ¡De ningún modo! No deseo sino atender a usted. ¡Una cosa que me pide Quica en esta formal...

DOÑA MUNDA. Ya ha sabido ella lo que ha hecho para que yo quede contenta.

CELSO. ¡Je!

DOÑA MUNDA. ¡Es de lo más simpático esa muchacha!... ¡Y más buena que el pan! Con todo ese aire de travesura y de cabeza a pájaros. ¡Más buena!... De corazón le felicito a usted, Celso.

CELSO. Muchas gracias, señora.

DOÑA MUNDA. Y me felicito a mi vez. Pocas cosas me han producido a mí una satisfacción tan íntima como la noticia de estos amores.

CELSO. Me confunde usted con su amabilidad.

DOÑA MUNDA. No, no... No es un cumplido, Galiana. Es que hay ocasiones, hay hechos... Disparates que se le meten a una en la cabeza... En fin: ni usted puede entenderme del todo, ni yo puedo ser más explícita; pero le felicito a usted y me felicito.

CELSO. Otra vez las gracias.

DOÑA MUNDA. Y vamos a mi pretensión. Es poca cosa.

Berenguela asoma en esto por la puerta de la derecha.

BERENGUELA. Señora.

DOÑA MUNDA. ¿Qué quieres?

BERENGUELA. Aquí hay una señora que desea ver a usted.

DOÑA MUNDA. ¿Una señora?

BERENGUELA. Sí, señora; sí. Parece que está muy agitada. Y eso que ha venido en automóvil.

DOÑA MUNDA. Pero ¿no te ha dicho...? Yo no espero a nadie. ¿Quién podrá ser?

La respuesta se la da la propia Natalia, presentándose.

NATALIA. Yo, doña Munda; yo.

Viene, en efecto, anhelante, angustiada. La presencia de Celso la turba aún más. El se estremece. Doña Munda la recibe con alegría, no exenta de sorpresa y de confusión.

DOÑA MUNDA. ¡Natalia!

CELSO. ¡Natalia!

NATALIA. Yo, yo misma... Perdone usted si la importuno...

DOÑA MUNDA. ¡Es un milagro verte por aquí! Hace un instante te nombrábamos Quica y yo... ¿No has encontrado a Quica?

NATALIA. ¿A Quica? No, señora.

DOÑA MUNDA. Pues en tu busca se ha marchado ahora mismo.

NATALIA. ¿En mi busca?

DOÑA MUNDA. Sí. Vete, Berenguela.

BERENGUELA. Ya me iba, señora. *Márchase por la puerta del foro.*

NATALIA. ¿Qué ha pasado? ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?

DOÑA MUNDA. ¿Cómo qué ha pasado?

CELSO. ¿Qué quiere usted decir, Natalia?

NATALIA. ¡No sé lo que quiero decir!... Vengo muerta... Ha llegado a casa sobresaltado Luisito Román—su auto me ha traído—a pedirme noticias...

DOÑA MUNDA. ¿De qué?

CELSO. ¿Noticias de qué?

NATALIA. De Lisardo... ¡No me engañen ustedes!... De un accidente que ha tenido su coche aquí cerca...

CELSO. ¡Ah!

DOÑA MUNDA. ¡Sí!

NATALIA. Ha venido por él un auto del Casino... ¿Está herido, verdad?

CELSO. ¡Qué disparate!

DOÑA MUNDA. ¡No!

NATALIA. ¡No me engañen ustedes!

DOÑA MUNDA. ¡Que no está herido, tonta!

CELSO. Yo he hablado con él...

NATALIA. ¿Usted, Celso?...

CELSO. Yo, Natalia.

Extraña mirada se cruza entre los dos. Doña Munda la advierte. Después acaricia a Natalia, procurando tranquilizarla.

DOÑA MUNDA. Sí, mujer; sí. Sosiégate. Tu marido está bueno y sano.

CELSO. El accidente no ha tenido importancia.

NATALIA. ¿Me dicen ustedes la verdad?

CELSO. ¡La verdad!

DOÑA MUNDA. ¡La verdad!

NATALIA. *Sollozando.* ¡Ay, Dios mío! ¡No quieran imaginar los instantes que llevo!... Luisito Román iba aterrado... las referencias del Casino eras graves... ¡Jesús!... ¡Jesús!... *Llora.*

DOÑA MUNDA. Vamos, cálmate, nena...

CELSO. Yo comprendo su tribulación... Las noticias se desfiguran de boca en boca... Y si ha supuesto... Pero no, no, Natalia; esté usted tranquila. *Subraya sus palabras con una intención que él cree que sólo entiende la acongojada esposa, pero que no deja de percibir también la avisada e inquiridora doña Munda.* Yo, precisamente... Lisardo llegó de pronto ahí al lado... donde, por fortuna, nos hallábamos Quica y yo... Utilizó el teléfono... pidió al Casino un coche para ir a la Clínica inmediata... Porque, sí, ha habido... una persona herida... Pero él no, él no... Ya digo...

Natalia lo vuelve a mirar. Luego pregunta:

NATALIA. ¿Estarán en la Clínica todavía?

CELSO. Es lo más probable.

NATALIA. ¡Voy a verle!

DOÑA MUNDA. ¿Para qué, simple?

CELSO. ¿Cree usted aún que la engañamos?

NATALIA. No, Celso, no; pero voy a verle. Sólo viéndole me quedaré tranquila.

DOÑA MUNDA. Haz lo que quieras, pero yo que tú... Procura primero serenarte... ¿Quieres un poco

de azahar! ¡Qué susto te han dado más en tonto! Tiemblas toda, muchacha... ¿No te aseguramos que no hay por qué?

NATALIA. Sí, sí les creo a ustedes... pero no puedo remediarlo. *Mira a Celso de nuevo.* Es superior a mí lo que siento. Voy allá.

CELSO. Yo, señora, me atrevería a suplicarle a usted que la acompañase...

NATALIA. ¡Sí!

DOÑA MUNDA. Por mí, figúrate... Muy gustosa. Si te empeñas en ir...

NATALIA. ¡Sí, sí, señora!

DOÑA MUNDA. Ea, pues vamos. Voy a calzarme y a echarme un abrigo... y ya estoy aquí. ¿Berenguela?

Se va por la puerta del foro, prometiendose mucha luz de la soledad en que deja a Celso y a Natalia.

Y con razón se la promete la buena señora. Natalia, al hallarse de repente sola frente a Celso, intenta irse tras doña Munda. Celso la detiene con un gesto, con un ademán. Luego hablan los dos con temor, con zozobra, en voz baja, recelando a cada instante ser sorprendidos.

CELSO. Natalia, amiga mía...

NATALIA. ¡Ni una palabra, Celso!

CELSO. Es preciso.

NATALIA. ¡Ni una palabra! Y menos aquí.

CELSO. Pero ¿cómo he de callar ante usted, y en estos momentos?... Yo necesito sincerarme... enterarla...

NATALIA. ¡Ni una palabra, Celso! Bastante nos hemos dicho ya. Bastante significa que yo, al creerle herido, primero que nada haya querido verlo.

CELSO. Sí; pero no es eso ahora... Es que yo... Es que usted debe saber antes de marcharse y encontrarlo...

NATALIA. ¿Qué?

CELSO. ¡Lo que ha pasado ahí!

NATALIA. No entiendo...

CELSO. Quica, al verme a mí sorprendido de pronto por ese hombre, nos salvó a los dos, a usted y a mí, declarándose mi enamorada... mi prometida, mejor dicho.

NATALIA. ¡Oh!

CELSO. ¡Somos ella y yo quienes nos veíamos ahí al lado!

NATALIA. ¡Pobre Quica!

CELSO. Esto, sin duda, es lo que ella ha ido ahora a prevenirle a usted...

NATALIA. Pero ¿y él, Celso?...

CELSO. Lo creyó. ¿Cómo no creerlo, oyendo a una mujer honrada que lo confiesa? Además, Natalia: yo lo vi en sus ojos, en su semblante: le importaba creerlo, le alegraba creerlo... ¡necesitaba creerlo!

NATALIA. ¡Ah! ¡El también ha recibido su castigo! ¡Quizás por primera vez en la vida, su alma y la mía, aunque por causas diferentes, han sentido de la misma manera!... Dios ha sido tan bueno que nos ha advertido a los dos a la vez. A los tres, acaso.

CELSO. No sé, Natalia.

NATALIA. ¿Se atreverá usted todavía...?

CELSO. No sé... Ni es esta la hora de dilucidarlo... Aun dura en mi ánimo la conmoción del golpe tremendo... aun dura el desquiciamiento de mi conciencia... Claramente he visto la responsabilidad de nuestro crimen... de mi crimen, si tanto quiere usted...

NATALIA. ¡Baje usted la voz, por piedad; cállese!... ¡Van a sorprendernos!...

CELSO. No; nadie nos escucha... Ni nadie puede sospechar... No sé, Natalia, no sé lo que será de mí, de mis ideas... Quizás lo presumo... Porque, a pesar

de todo, no obstante cuanto ha pasado por mi corazón en esta hora, al verla a usted, siento que todo ello se desvanece rápidamente, sin que de nada valga mi voluntad, y sólo se levanta en mi alma el amor a usted...

NATALIA. ¡Silencio, Celso!

CELSO. La imagen de usted, reinando en mí... el deseo único de no vivir sino para usted...

NATALIA. ¡Silencio! ¡Si usted dice que ha adquirido plena conciencia del alcance del crimen a que me arrastraba, yo la he adquirido de mi deber! ¡Ni podía ser de otra manera! Mi esposo—así me dieron la noticia—estaba herido gravemente. ¿Donde? Ahí. *Señala con pavor hacia la derecha.* Y ahí le asistían... ¿Podía Dios hacer más para castigarme y para salvarme al mismo tiempo? Piense usted lo que pasó por mí... Y piense usted luego de qué manera tan distinta de como iba a entrar he entrado en esta casa.

CELSO. Tiempo al tiempo, querida amiga. Ahora no discernimos claramente... Tiempo al tiempo... Él sabe curar ciertas heridas... que quizás no son tales heridas, sino un espejismo del miedo... Porque...

Un imperioso ademán de Natalia le obliga a callar. Doña Munda, dispuesta para salir a la calle, vuelve por la puerta del foro.

DOÑA MUNDA. Aquí me tienes. *Mira a los dos, que aun tiemblan, y que, a su pesar, no logran serenarse del todo.* Aquí me tienes, niña.

NATALIA. Vamos.

DOÑA MUNDA. *A Celso.* Yo deploro que la primera vez que ha venido usted a mi casa...

CELSO. No hay que hablar, señora... Lo imprevisto... fuerza mayor... Pronto tendré el honor de volver a ella.

DOÑA MUNDA. Así lo deseo... y así se lo suplico.

CELSO. Adiós, señora.

DOÑA MUNDA. Adiós.

CELSO. Muy agradecido a su bondad. Por teléfono voy a prevenir en la Clínica...

DOÑA MUNDA. Bien.

CELSO. Adiós, Natalia.

NATALIA. Adiós, Celso.

Vase Celso por la puerta de la derecha. Doña Munda lo acompaña hasta ella y lo despide desde allí. Luego se vuelve hacia Natalia, la cual ve en los ojos de la señora una caricia y un reproche unidos, que la conmueven y la rinden. Instintivamente va a ella y la abraza, llorando y escondiendo el rostro.

DOÑA MUNDA. ¡Ah!... ¡Cómo no me engañé!... Y creí cuanto me dijo Quica, y respiré contenta y dí gracias a Dios... Pero, luego, al verte frente a frente de él, volvieron mis malas ideas... volvió la verdad...

NATALIA. *Con rubor y arrepentimiento.* La verdad... sí. ¡Vamos a ver a mi marido!

DOÑA MUNDA. Vamos. Y no llores. Alégrate de esto que ha pasado. Es luz que ha entrado en tu conciencia: te has visto como realmente eres... y así te muestras a los demás.

NATALIA. Sí; pero yo temo, doña Munda...

DOÑA MUNDA. No temas nada. Esto no lo sabrá ni la tierra. Quica y Celso seguirán su comedia cuanto sea necesario... Anda a abrazar a tu marido. De aquí allá hablaremos.

NATALIA. Sí.

La lleva doña Munda hacia la puerta de la derecha y se va tras ella.

Por la del foro sale Berenguela, muy en su papel.

BERENGUELA. ¡Madre de Dios, cómo han dejado esto! En cuanto vienen visitas, bailan los muebles. *Los ordena a su modo.* ¡Y éstas son las personas de clase! Si se hubiesen educado a la antigua española, dejarían las cosas donde las encuentran. ¿Quién es?

¿Quién anda ahí? *Se presenta Hilaria por la puerta de la derecha a sacarla de dudas.* ¡Señora Hilaria!

HILARIA. *Con la fiebre de su curiosidad más alta que nunca: cuarenta y décimas.* ¡No te asustes, mujer! Escucha.

BERENGUELA. Pero ¿por dónde ha entrado usted?

HILARIA. ¡Por el portón!

BERENGUELA. ¿Tiene usted llave?

HILARIA. Lo ha dejao abierto la señora.

BERENGUELA. ¿Que lo há dejado abierto?

HILARIA. Se conoce que de tan metida como va en el asunto de la otra señorita...

BERENGUELA. ¡Qué te parece! Y luego, mucho de: «Berenguela, ojo con la vitrina; Berenguela, que no entre Nicolás en la sala...»

HILARIA. ¿Quién?

BERENGUELA. Nicolás: el gato. La señora le llama *Varillas*, pero yo le digo Nicolás. ¡Y se va a la calle, y me deja el portón abierto! ¡Me va a oír cuando vuelva!

HILARIA. No es pa que te pongas así, mujer. La señora creería que lo cerraba. Pero yo empujé, y estaba abierto. Y ya lo he cerrao. Escucha: esa señorita iba llorando; yo lo he visto.

BERENGUELA. No sé, señora Hilaria.

HILARIA. Yo sí. Y la Tomasita también lo ha visto. Y cuando tu señora sale tan de repente de casa, algo gordo tié que ser ello. ¿Qué podrá ser, tú?

BERENGUELA. No sé, señora Hilaria.

HILARIA. Pero aquí ¿no han hablao...?

BERENGUELA. Sí; pero yo no escucho detrás de las puertas.

HILARIA. Y eso ¿por qué?

BERENGUELA. ¡Porque soy de Burgos!

HILARIA. ¡Ah! Pues yo escucho, y soy de Madriz.

BERENGUELA. Pues hace usted mal, señora Hilaria.

HILARIA. Pues es la mejor manera que tengo de enterarme de lo que no me importa.

BERENGUELA. Y si no le importa a usted, ¿por qué quiere enterarse?

HILARIA. ¡Andá! ¡Por gusto! Y también porque es mi obligación. ¿Crees tú quizás que lo que está sucediendo aquí hoy me puede a mí tener tranquila? Una portera tié que verlo todo. Es lo que dice el que trae los sifones al principal izquierda: «Las cosas malas no se sabe que pasan hasta que han pasao.»

BERENGUELA. Bueno, y a usted, tan cumplidora de su obligación, la están llamando ahora mismo en la escalera, y usted aquí de gorja.

HILARIA. ¿Que me están llamando?

BERENGUELA. Sí, señora; a voces. Sino que se conoce que usted no oye bien más que lo que no debe oír.

HILARIA. ¡Jesús, hija, qué genio! ¡Y qué humos que te gastas! ¡Rediez con la de Burgos! ¿Hacia dónde cae Burgos?

BERENGUELA. ¡Qué ignorancia! ¡En Castilla la Vieja, señora! ¡El solar del Cid, nada menos!

HILARIA. Bien, mujer; bien. Voy a ver quién me llama. Y hora volveré a que me expliques más despacio eso del solar. *Vase por la puerta de la derecha.*

BERENGUELA. ¡Vaya una mujer fastidiosa! No hace buenas migas conmigo, no.

Hilaria habla dentro, como antes.

HILARIA. Pase ustez, pase; si me ha dejao el encargo de que pasara ustez.

BERENGUELA. ¿Eh? ¿A quién mete aquí esa chismosa?

Vuelve Hilaria por donde se marchó, con Pipo Santaella. Éste trae en la mano el librito de marras.

HILARIA. Pase ustez.

PIPO. Pasaré, pero... Buenas tardes.

BERENGUELA. Buenas tardes. Mi señora ha salido.

HILARIA. Calma, la de Burgos. Tu señora ha salido, efetivamente; pero me tiene encargao a mí que en cuanto volviera por la casa este señor, tuviera la amabilidaz de subir a verla; y en el caso de que la señora, por un casual, hubiera salido, tuviera la amabilidaz de esperarla. Este señor es amigo de la señora.

PIPO. Sí, sí; ¡digo! ¡Doña Mundal... ¡La hija de Pompeyo... ¡Uh!

HILARIA. Conque tenga ustez la amabilidaz de sentarse.

BERENGUELA. Sí, señor; siendo así, siéntese el señor.

PIPO. Antes voy aquí al lado... Es decir, no sé... Oigame, portera. La... Aguarde usted un segundo. Dígame usted, joven.

BERENGUELA. ¿Señor?

PIPO. ¿Usted sabe si tardará en volver la señora?

BERENGUELA. No puedo decirle al señor.

HILARIA. Pero ¿no sabes dónde ha ido?

BERENGUELA. No, señora; yo no sé nada.

HILARIA. Yo sí: porque oí las señas que le dió al *chófer*. Y pa mí que no tarda, caballero. Ha ido a la Clínica de aquí cerca; adonde han ido a curar a los del acidente.

PIPO. ¿De qué accidente?

HILARIA. Eso le iba a contar a ustez cuando entró; pero se me atropellaron las cosas. ¿Ustez no sabe na del acidente; ni de lo que ha pasao en el cuartito...?

PIPO. ¿En el cuartito? ¿Ha pasado algo?

HILARIA. Le diré a ustez, como pasar...

PIPO. A ver, a ver...

Berenguela escucha el diálogo de Hilaria y de Pipo como si fuera Laín Calvo.

HILARIA. En media hora... ¡vamos!... ¡qué montón de cosas! Oiga ustez. A poco de marcharse ustez vino... vino quien ustez sabe.

PIPO. Bien; sí, sí...

HILARIA. Muy tapadita, muy arrebujá... No pudimos verla más que las piernas. Y eso ahora no es llamativo.

PIPO. Adelante; al grano.

HILARIA. Al grano. A los diez minutos de llegar ella—¡si no habrían pasao diez minutos!— el acidendente de automóvil ahí a la vuelta, y el amo del coche que sube al cuartito a hablar por teléfono.

PIPO. ¡Caray! ¿El amo del coche?

HILARIA. Sí, señor; el amo del coche. Don Lisardo Infante, se llama.

PIPO. *Dando un salto, del susto.* ¿Eh? ¿Don Lisardo Infante?

HILARIA. El mismo: don Lisardo Infante.

PIPO. ¡Portera, usted no sabe lo que dice!

HILARIA. ¡Vaya si lo sé!

PIPO. ¡Usted no sabe lo que dice! ¿De dónde ha sacado usted ese nombre?

HILARIA. De ninguna parte, señor; de él mismo que lo tuvo que decir por teléfono pa pedir otro coche al Casino.

PIPO. ¡Zambomba! ¡Qué catástrofe! Diga usted, ¿y mientras?... ¿Usted estuvo allí presente?

HILARIA. ¡Como si hubiera estao!

PIPO. ¿Y en el cuartito estaban entonces mi amigo y... y...?

HILARIA. Sí, señor; y...

PIPO. ¿Y no se escondieron?

HILARIA. No, señor: ¡si resultaron ser muy amigos todos!

PIPO. ¿Muy amigos?

HILARIA. ¡Vaya! Y saltó ella y le dijo al Infante —yo lo oí tan claro como le oigo a ustez—que su amigo de ustez y ella se entendían; pero que se lo habían ocultao hasta entonces no sé por qué causa.

PIPO. *Tembloroso.* Portera, portera... usted delira... y va usted a conseguir que delire yo... Hilaria, usted va mucho al *cine*, y está envenenada por aquella atmósfera... ¡Usted tiene además una enfermedad en la vista!...

HILARIA. ¡Quiá! ¡No, señor!

PIPO. ¡Y otra en el oído!

HILARIA. ¡Que no, señor! ¡Que oigo y veo, no más que quisiera, pero ¡bueno! lo que es menester pa distinguir lo negro de lo blanco! Como oí también el nombre de ella. *Bajando la voz.* Le dicen Quica.

PIPO. ¿Quica?

HILARIA. Quica.

PIPO. Pero ¿ahí no ha entrado más que una señora?

HILARIA. Nada más.

PIPO. ¿Y le llamaron Quica?

HILARIA. Quica.

PIPO. ¡Ay! ¡Respiro! ¡Gracias a Dios! ¡Qué susto me he llevado! ¡Ahora me explico que no haya habido un terremoto! ¡Quica!... ¡Quica!... ¡Quién podía sospechar!...

HILARIA. Pues, señor, ¡tan mal como cae siempre un nombre, tan bien como cae el otro!

PIPO. *Atónito.* ¿Habrá habido un cambio de papeles...?

BERENGUELA. Llaman.

HILARIA. Llaman; sí.

BERENGUELA. Voy a ver quién es.

HILARIA. Vamos a ver quién es.

Una tras otra se van por la puerta de la derecha.

PIPO. *Tratando de desenredar la madeja que tiene en el caletre.* ¡Caray qué desconcierto! No acabo de entender lo ocurrido... Lisardo ahí, cuando Celso esperaba... ¡Jesús!... En lugar de ella, Quica... ¿Y la postal que me enseñó el otro? No lo entiendo. ¿Y esta señora, qué querrá decirme? La esperaré; la esperaré... De aquí no me muevo hasta que venga... No sea cosa... *Sale Horacio por la puerta de la derecha.* Hola, Horacio. ¿Qué hay? ¿No era la señora?

HORACIO. No, señorito. Era Juan el *fumista*, que viene a ver no sé qué del horno. Y la Hilaria ha pasao aquí junto porque la ha llamao el señorito.

PIPO. Pero ¿el señorito sigue ahí?

HORACIO. Sí, señorito. Ha abierto el portón y ha llamao a la Hilaria.

PIPO. ¿Y está solo?

HORACIO. Yo en la voz no he podido apreciar si hay alguien adentro.

PIPO. ¡Claro! He dicho una majadería.

HORACIO. Pues yo venía a preguntarle al señorito si necesita el coche; porque si el señorito ya no lo necesita, yo iría a cumplir con otro señorito...

PIPO. No, no; deje usted al señorito ese por ahora.

HORACIO. Es que ayer casi quedé con él en que hoy le llevaría a la estación.

PIPO. ¡Es que puede que tenga usted que llevarme a mí! Yo no sé a qué estación; pero puede... Según veo las cosas...

HORACIO. Bien, bien; el señorito está primero que nadie.

PIPO. Gracias.

HORACIO. Don Celso, entonces, no se ha enterao toavía del encuentro. Si el señorito no le ha visto...

PIPO. ¿De qué encuentro?

HORACIO. Del encuentro del paquetito que se dejó en la tienda de las flores.

PIPO. No; no sabe nada todavía. Me ha metido aquí su mujer de usted en cuanto me ha visto, y me ha dicho que esta señora tiene que hablarme y que la espere... Y como anda revuelto el aire...

HORACIO. El acidente de automóvil ha venido a mezclarse a lo otro, y ha asustao un poco a las mujeres. Pero, no; no es por *áhi*.

PIPO. ¿Que no es por *áhi*?

HORACIO. Que no es por *áhi*.

PIPO. Pues ¿por dónde es?

HORACIO. El pescante es un catalejo. Desde que yo traje a don Celso a esta casa, ya barrunté quién era la paloma. Sin faltar.

PIPO. ¿Cree usted?

HORACIO. Estoy seguro. ¡Segurismo! ¡Si lo que no descubra un cocherol... El señorito dirá si me he equivocao. ¿Es rubia?

PIPO. *Tras de vacilar un instante, como si de Natalia fuese su pensamiento a Quica.* Sí; es rubia.

HORACIO. ¿Está en buena edad?

PIPO. Sí.

HORACIO. Viuda, con una cara muy graciosa, dos ojos muy gachones, habitante en la calle Zurbano... que oye decir Quica y vuelve la cara... ¿Qué hay de esto?

PIPO. Pero ¿cómo ha podido usted acertar...?

HORACIO. Porque yo, señorito, no soy un *visual* solamente, sino que soy también un *retrospetivo*. Y ato cabos.

PIPO. A ver.

HORACIO. El verano pasao, esa señora doña Quica y una hermana suya casada, Dorotea de nombre, si no recuerdo mal...

PIPO. Dorotea, sí.

HORACIO. Estuvieron tomando el fresco en mi coche allá por el Hipódromo. Y hablaron de hom-

bres... y de que ella, la rubia, debería de volverse a casar. Y salió a cuenta el nombre de don Celso. Y entonces, la señora, empezó a dar suspiros, y a decir que eso sí valía la pena de embarcarse de nuevo... y a confesar que le gustaba unas miajas... Conque blanco y migao... *A Pipo, que está paralizado por el estupor.* ¿Qué le sucede al señorito?

PIPO. Que estoy pensando si me he vuelto idiota esta tarde o si lo soy desde que nací. ¡Es una duda que tengo que resolver cuanto antes!

HORACIO. ¡Las mujeres! ¡Dichosas mujeres!... Pa entenderlas hace falta ser tan equilibrao como un servidor. Yo le llamo equilibrao al hombre a quien no le gusta más que una mujer.

PIPO. ¡Pues somos muchos los desequilibrados!

HORACIO. Sí, señor. Pero yo no lo soy. Porque a mí no me gusta más que la Hilaria. Y yo al seso débil le tengo mucha simpatía, sin embargo, no piense el señorito que no. ¿El señorito no sabe por qué? Pues porque las mujeres no nos tutean a los cocheros nunca. Vea el señorito qué detalle. Ninguna señora se sube en mi coche y me dice: «Arrea pa los toros.» Y en cambio, no se sube un pollo tomatero que no me grite: «¡Arrea, tú!...» ¡Arrea, tú!... ¡Niño, que peino canas!... ¡Que es la primera vez que nos vemos!...

De improviso, por la puerta de la derecha, llegan Celso e Hilaria.

CELSO. ¡Pipo!

HILARIA. ¿Ve ustez cómo está aquí?

PIPO. ¡Celso! ¡Dame un abrazo!

CELSO. *Abrazándolo.* ¡Sí! ¡Ya ajustaremos cuentas! Déjenos, Hilaria. Y usted también, Horacio. Y aguárdenos, ¿eh? que vamos a tomar el coche en seguida.

HORACIO. A la orden de los señoritos. Anda tú, maestra. *Se va con Hilaria.*

PIPO. ¡Chico, qué revuelta! Y a propósito...

CELSO. A propósito, sí. Ante todo, ¿pareció el libro?

PIPO. Pareció. Aquí lo tienes.

CELSO. Gracias. *Se lo guarda.*

PIPO. No hay de qué.

CELSO. *Indignado, pero sofocando la voz.* ¡Y también tengo que dártelas muy cumplidas por ese hallazgo de entresuelito que me alquilaste; ese rincón del mundo; esa cueva de Arias Montano! ¡Te luciste, alma mía!

PIPO. ¿Sí, eh?

CELSO. ¡Te has desacreditado para siempre! ¡Vaya un nido oculto en la fronda! ¡Me has traído a la Puerta del Sol!

PIPO. ¡Hombre!

CELSO. ¡Hombre! *Bajando aún más la voz.* ¡Aquí, precisamente, separada del nido por un tabique, vive una señora que es la Agencia Fabra!

PIPO. ¿Y tengo yo la culpa?

CELSO. ¿La voy a tener yo, majadero? ¡Me conoce a mí, te conoce a ti, la conoce a ella, conoce a su familia, conoce a la mía, conoce a Poincaré, conoce a todo el mundo!

PIPO. ¡Ya lo sé, ya! ¡Pero esas son quiebras del juego, don... don... don Juanete! ¡Cuando *don José López* tomó su cuartito, aquí vivía un cura!

CELSO. ¡Aquí vivía un cura!...

PIPO. ¡Sí, señor, un cura! Y ya que te alborotas y te revuelves con una ingratitud incalificable, después de haberme dicho que era inmenso como el Océano, vas a oírme también.

CELSO. Pues vámonos al coche.

PIPO. No; aquí. Yo he de esperar a esta señora. Te tenía por un vanidoso, pero no por un sinvergüenza.

CELSO. Al revés que yo a ti.

PIPO ¡Es que yo, desde hoy, te tengo ya por un sinvergüenza vanidoso! ¡Ya sé, ya sé que la mujer a quien tú esperabas no es la que me dijiste!...

CELSO. *Acogiéndose a la afirmación de su amigo, para salvar así ante él, tanto el nombre de Natalia, como su amor propio.* ¡Claro que no! ¡Es preciso tener sobre los hombros una olla en vez de una cabeza, para haberlo creído!

PIPO. ¡Sí; pero tú bien que me enseñaste una postalita para que lo creyera!

CELSO. ¡Eso mismo te prueba lo burdo de mi broma!

PIPO. ¿De tu broma?

CELSO. ¡De mi broma! Pues ¿qué podía ser aquello más que una broma? ¡Una mujer como ésa iba a venir a una cita de amor!... ¡Vamos, hombre!

PIPO. No le haces mucho favor a la que ha venido.

CELSO. ¿Y qué sabes tú la que ha venido y a lo que ha venido?

PIPO. ¿Conque no? ¡Pues a pesar de tu broma, y de tu disimulo, y de todas tus artimañas, lo sé! ¡Sé con quién son tus amoríos!

CELSO. ¿Con quién?

PIPO. ¡Con Quica!

CELSO. *Desconcertado.* ¿Con Quica?

PIPO. ¡Con Quica! ¡Niégamelo!

CELSO. ¿Te lo ha dicho ella? ¡Pero esa mujer se ha vuelto loca!

PIPO. ¡No me lo ha dicho ella!

CELSO. Pues ¿quién te lo ha dicho?

PIPO. ¡El aire!

Berenguela asoma en la puerta del foro y dice, señalando a la de la derecha:

BERENGUELA. La señora Hilaria está escuchando detrás de esa puerta.

PIPO. ¿Qué?

BERENGUELA. Que está escuchando detrás de esa puerta la señora Hilaria. *Se retira.*

La señora Hilaria grita desde dentro:

HILARIA. ¡No es verdaz!

PIPO. Pues parece que sí.

CELSO. Pipo, vámonos a la calle. Fuera de bromas y de gansadas. ¿Por quién sabes tú...? Necesito que hablemos en serio...

PIPO. ¡Ay, querido amigo!... Las paredes oyen... los pescantes oyen... las ondas hertzianas no se recogen sólo en las estaciones oficiales.... ¡Las hay también establecidas por el azar dondequiera!...

CELSO. Explícame ese jeroglífico.

PIPO. Este verano se paseaba Quica con su hermanita Dorotea tomando el fresco... y le declaraba entre suspiros *sotto voce* que para *fresco*... tú.

CELSO. ¿Qué?

PIPO. ¡Y que estaba perdidita por tus pedazos!

CELSO. *Ante quien inesperadamente se descorre un velo.* ¡Ah!... ¡Oídos que tal oyen!...

PIPO. ¿De qué te ha servido el ocultármelo?

CELSO. De nada... de nada... ¡absolutamente de nada!

Sorprendiendo a los dos llega por la puerta de la derecha Quica, un si es no es inquieta. De Berenguela y de Hilaria no se vuelve a saber: lo probable es que estén en la cocina discutiendo acaloradamente.

PIPO. Voilà!

CELSO. ¡Quica!

QUICA. Hola, Santaella. ¿Usted aquí? ¿Y usted, Celso? A mí me ha sucedido un chasco... Fuí a ver a Natalia Infante, como le dije a usted, y en su casa me han asegurado que ella ha venido aquí.

CELSO. Y es verdad: ha venido aquí.

QUICA. Nos habremos cruzado en el camino. Allí

hay gran alarma con motivo del accidente de automóvil. Ha llegado la noticia de un modo fantástico. Infante estaba despachurrado en la carretera; el *chauffeur*, hecho cisco; de Paulino Ramal, no se ha encontrado mas que el bisoñé... En la casa ha habido dos o tres pataletas; todos están oliendo algo: vinagre, éter... ¡Jesús!

CELSO. He ahí la razón por la cual ha venido Natalia. Y ahora mismo la ha acompañado doña Munda a la Clínica del doctor Aedo, para que vea por sus propios ojos a Lisardo y se tranquilice.

QUICA. ¡Ah, vamos!... ¡Me tranquilizo yo también! ¿Sabe usted que está la tarde de emociones fuertes? ¿Hoy qué es, que lo voy a apuntar?

PIPO. Jueves, cinco; víspera de los Reyes Magos.

QUICA. ¿Y por qué me lo dice usted con esa sonrisita?

PIPO. Porque esta es la mejor que tengo.

Quica mira a Celso, que la está contemplando a ella con extraño interés.

De improviso aparece por la puerta de la derecha doña Munda.

QUICA. ¡Doña Munda!

CELSO. ¡Doña Munda!

PIPO. Señora...

DOÑA MUNDA. ¡Cuánto honor para esta humilde casa!... Nunca se vió tan favorecida...

QUICA. ¿Y Natalia?

DOÑA MUNDA. Natalia ya ha quedado tranquila, y con su esposo, que ha quedado tranquilo también. En el coche me han traído hasta casa. Y he visto entre ellos lo que nunca esperaba ver. Cuando se encontraron en la Clínica, se abrazaron de un modo que conmovía... Lloraban los dos...

QUICA. ¿Lloraban los dos?

DOÑA MUNDA. Los dos. Ella era más natural que

llorase. Pero ¿y él? ¿Por qué lloraba él, siempre tan frívolo o tan brusco con ella? ¡Qué sé yo! Pensé, al verlos, si algo tendrían que perdonarse mutuamente.

QUICA. Acaso.

DOÑA MUNDA. Sea lo que quiera, presumo, adivino que hoy comienza para ese matrimonio una nueva luna. Pero no una luna de miel de besos y caricias, sino una luna de luz más templada y más noble. Se me figura a mí que los ha estrechado un mismo sentimiento, un mismo miedo de perderse. No sé por qué, creo yo que hoy nace para ellos la felicidad verdadera.

QUICA. ¡Ojalá! Ella la merece. El quizás alcance a merecerla. ¿Por qué no? *Con brío y exaltación cordiales; con gracia; mirando a Celso.* Y si a alguien le pesa esa felicidad, ¡que se muera!

PIPO. *Un tanto perplejo ante el arranque.* ¿Que se muera?

DOÑA MUNDA. *Lo mismo.* ¿Que se muera?

Todas las miradas van a Celso, que entonces, grave y sinceramente, exclama, dando así respuesta a la intención de Quica:

CELSO. Si a alguien le pesa esa felicidad, ¡que se muera!

QUICA. *Con un gran suspiro.* ¡Ay!... ¡Sí que son emociones fuertes!

Conmovida, se deja caer en una silla. Doña Munda le estrecha una mano que ella le tiende.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPÍLOGO

La misma decoración del primer acto. Es de noche. La luz de la luna, penetrando por los cristales del balcón, ilumina la estancia.

Quica, que antes de ir al teatro ha pasado por el entresuelito, está sentada junto al balcón y aguarda. Su imaginación no descansa un instante. Habla sola otra vez porque no tiene más remedio.

QUICA. Pues, señor, el mundo al revés... ¡Pero al revés del todo! ¡Yo... esperando aquí a un hombre que no me quiere!... ¡Que no me quiere! Sin embargo, por algo estoy aquí... Que no me quiera hoy no es decir que no pueda quererme algún día... mañana o pasado... ¡Ay! ¡Qué nochecita la de ayer!... Sin pegar un ojo. Así tengo los nervios... ¿Y él, habrá dormido? ¿Qué consejo le habrá dado a él su almohada? A mí la mía me ha aconsejado muchos disparates. El primero de todos, éste. Pero ¡quién sabe! Dentro de un disparate puede estar la felicidad. ¿No es un disparate casarse, y todas nos casamos buscándola?... *Pausa.* ¡Hermosa noche!... ¡La luna de enero!... *Reaccionando.* Mira, Quica, romanticismos, no; aquí hemos venido a algo práctico. Deja la luna para luego. *Levantándose de repente.* ¡Ahí está él! Me escondo. Si me ha obedecido la portera y nada le ha dicho, veré si habla solo también como yo. *Vase por la puerta del foro.*

A poco, por la de la izquierda, sale Celso. Viene de smoking. Tal vez piense acompañar a Quica luego al teatro. Da luz al gabinete. Después cierra el balcón y se quita sombrero y capa. Parece preocupado. Pasea.

CELSO. Pues, señor, ¡vaya una aventurita!

«¡Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy!...»

En el mismo cuartito... esperando también a una mujer... y, a pesar de ello, ¡de qué manera tan distinta estoy nervioso! ¡Pero de qué manera tan distinta!... Los muebles se me figura que se ríen de mí.

«¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!...»

¡Vaya! He venido clásico. ¿Y ella?... ¿Qué querrá ella? ¿Cuáles podrán ser sus intenciones? ¡Es tan extraño esto!... ¡Aunque sea verdad que algún día pensó en mí!... ¿Pretenderá llevar adelante...? ¡Ah! pues se equivoca la viudita, ¡se equivoca!... La ratonera que ella me pone es de oro, ¡pero es ratonera!... Se equivoca, se equivoca... ¡Yo no soy ningún palomino atontado! ¡Se equivoca completamente! *Cogiendo de pronto unos guantes que hay sobre una silla.* ¿Qué es esto? ¿De quién son estos guantes?

Vuelve Quica oportunamente, sorprendiéndolo.

QUICA. ¡De la trapera!

CELSO. ¡Quica! Pero ¿estaba usted ahí?

QUICA. ¡Por lo visto!

CELSO. ¡No me ha dicho nada la portera!

QUICA. ¡Es que yo le dije a la portera que no le dijese a usted nada! Quería asustarlo a usted.

CELSO. Yo no me asusto de lo bonito.

QUICA. Muchas gracias. Quería ver también si hablaba usted solo.

CELSO. Pues sí; sí hablo solo, a veces. Monologueo bastante.

QUICA. Desde que entró usted aquí no ha parado, al menos.

CELSO. ¿Me ha oído usted?

QUICA. ¡No que no!

CELSO. Pero no me habrá entendido nada.

QUICA. Poca cosa; palabras sueltas... Viudita... ratonera... palomino atontado... Palabras sueltas nada más.

CELSO. Sí... palabras sueltas...

QUICA. Como en un cruce de teléfonos. *Fingiendo la voz débil y lejana propia del ejemplo que pone.* Palomino atontado... ratonera... viudita...

CELSO. Ya, ya, ya. ¡Esa Hilaria!...

QUICA. No la pegue usted con Hilaria, que no tiene la culpa. Y vamos nosotros a cuentas. En primer lugar...

CELSO. En primer lugar, Quica, déjeme usted que la contemple, que la admire...

QUICA. ¿Y no podemos hablar entretanto?

CELSO. Yo, no.

QUICA. ¿Usted no puede admirar y hablar a la vez?

CELSO. No... no, señora; no me sale la voz. Cuando la admiración es de esta índole no me sale la voz.

QUICA. ¡Ah, amigo! ¡No contaba yo con producir este efectazo! He dado golpe. Calle, calle y mire todo el tiempo que necesite. Usted me avisará. *Pasea, coqueteando, ante él. El sonríe, contemplándola. Pausa.* ¿Ya?

CELSO. Todavía no.

Nueva pausa.

QUICA. ¿Y ahora?

CELSO. Aún es pronto; pero haré un esfuerzo en obsequio a usted.

QUICA. Sí, señor; hágalo. Hágalo, hágalo; yo se lo pido a usted además. Porque a mí no me toma el pelo ninguno de Trujillo. ¿No es usted de Trujillo?

CELSO. Sí lo soy; y lo tengo a gala. Pero sepa us-

ted que ninguno de Trujillo, y menos yo, es capaz de eso a que usted le llama tomarle el pelo.

QUICA. La frase no es muy parlamentaria—aunque ustedes en el Parlamento las emplean peores—; pero aquí no hay taquígrafos.

CELSO. Ni hacen falta. Es tan singular esta entrevista nuestra, que a mí no se me olvidará ni una sola palabra de las que usted me diga.

QUICA. Es posible. Sobre todo, algo de lo que me va usted a oír creo que le causará la impresión bastante para no olvidarlo en algún tiempo.

CELSO. Usted dirá.

QUICA. El marido de Natalia sospecha.

CELSO. ¡Quica! ¿A pesar de cuanto le dijo usted ayer aquí?

QUICA. A pesar de todo. El hombre se tranquilizó, reflexionó acaso... Además, yo temo que haya dado con alguna prueba.

CELSO. ¡Diablo!

QUICA. De ahí esta cita aquí; de ahí la urgencia de que cambiáramos usted y yo impresiones a solas.

CELSO. Una prueba... una prueba... Prueba material no ha podido encontrar ninguna ese hombre. No existe; no la hay.

QUICA. ¿Está usted seguro?

CELSO. De esto que digo, sí. Pero de nada más puedo estarlo, después del sinnúmero de casualidades que se dieron ayer y que parece que hace tiempo nos rondan.

QUICA. Yo, anoche mismo, para asegurarme de que mi obra, nuestra obra, había logrado un éxito absoluto, volví a hablar de usted y de mí con Lisardo. Y observé que me escuchaba mirándome con algún recelo, con incredulidad, con sorna... Lisardo no me cree.

CELSO. ¿No?

QUICA. No me cree... y es lógico, después de todo, que no me crea. Dada la confianza con que nos tratamos, se sorprende el hombre sin duda ninguna de no haber advertido jamás entre usted y yo un chispazo siquiera de este cariñazo que yo le dije ayer que nos teníamos en secreto. ¡Porque usted siempre ha estado junto a mí como un pájaro frito!

CELSO. Y era necesario que así fuese, si usted se fija, aun aceptando lo del pájaro frito. Si yo soy un hombre de honor y sostengo secretas relaciones con una señora—por causas atendibles—, ¿cómo no había de extremar mi disimulo?

QUICA. Bien. Pase que así fuera. Esa podría haber sido una razón para Lisardo hasta ayer. Pero ¿quién le dice a usted que ayer mismo, que esta misma mañana no ha venido ese hombre a enterarse hábilmente por la portera — que ya sabemos todos que es reservadísima—de si es cierto o no es cierto que nosotros dos nos vemos aquí como en nuestra casa?

CELSO. *Impresionado.* Es verdad. Eso sí es verdad. Si él ha sospechado...

QUICA. ¡Tiene la traición que tapar muchos agujeritos!

Pausa. Lisardo Pasea, reflexionando. Quica lo mira socarronamente.

CELSO. ¿Vamos a preguntarle a la portera...?

QUICA. ¡Hombre, no! Porque si Lisardo no ha venido, no hay necesidad ninguna de meterla en la danza; y si ha venido, ya no tiene remedio.

CELSO. ¿Cómo que no? ¡Prevenirnos en este caso!

QUICA. Deje usted a la portera en paz. Este es asunto que hemos de resolver entre nosotros; los dos solitos; cara a cara.

CELSO. La verdad, Quica: aquí hay un dilema clarísimo. Si Lisardo averigua que nuestros amores son

una farsa, el caso no tiene solución satisfactoria. Yo pecharé con las consecuencias.

QUICA. Usted... y Natalia, la pobre.

CELSO. ¿Y cómo remediarlo? Ahora, si esa sospecha de Lisardo, a que usted se refiere, no existe, o alienta y vive con poquísima fuerza, fácilmente podemos destruirla.

QUICA. ¿Cómo?

CELSO. ¿Cómo ha de ser? Sosteniendo durante algún tiempo la comedia ayer empezada.

QUICA. ¿Durante algún tiempo?

CELSO. Sí; durante algún tiempo. El que preciso fuera. Un mes, dos, tres meses... fingiremos ese cariño.

QUICA. ¡Lo fingiremos!...

CELSO. Sí.

QUICA. ¿Le saldrá a usted la voz?

CELSO. ¿Por qué no, Quica?

QUICA. No nos va a resultar la comedia. Usted no siente su papel ni poco ni mucho.

CELSO. ¿Usted el suyo sí?

QUICA. ¡Sí, señor! ¡Pero no se pavonee usted por eso! ¡Es que las mujeres fingimos cuando tenemos que fingir! ¿No me vió usted ayer, mamarracho? ¡A poco más le tomo a usted la carita! En cambio, a usted le temblaban las piernas, le castañeteaban los dientes, se le pusieron los vellos de punta, estaba blanco como el papel, sudaba... ¡Qué irrisión de hombre! No, no, no... no me embarco en la farsa; no me fío en absoluto de usted.

CELSO. Perfectamente. Después de todo, hace usted bien, Quica: yo tampoco me fío. Me repugnan ciertas situaciones...

QUICA. ¡Sí! ¡Usted tiene la epidermis muy delicada! ¡Engañar usted a Lisardo Infante simulando que me quiere a mí!... ¡Vamos!. . ¡Le pide una a los hombres unos sacrificios!...

CELSO. *Picado.* Pues ése me costaría menos esfuerzo que fingir que la quiero a usted delante de Natalia.

QUICA. ¡Pues ella se lo agradecería a usted muchísimo! Porque ya ha visto claro en su deber de esposa... y porque nunca le ha querido a usted para nada. No se sonría vanidosamente, no. No es que ella le quisiera a usted; es que el otro no la quería. ¡Que es muy diferente, caballerito! Pero ahora ya está convencida de que su traición hubiera sido hielo para todas las horas.

CELSO. Quica, no hemos de discutir nosotros eso. No hay que volver sobre lo que ayer quedó resuelto en su conciencia y en la mía. Vengamos a nuestra situación. Para evitar que la comedia empezada nos falle, representémosla desde lejos. Yo me ausento una temporada de Madrid... y al cabo de ella, *terminamos*... por cartas. No seremos los primeros amantes o novios que rompen en vísperas de unirse. Entonces, cuando vea usted a Lisardo, le dirá, con esa naturalidad que tan bien le cuadra: «Aquello terminó.» Y yo, cuando me lo encuentre por ahí este verano, le diré lo mismo: «Terminó aquello.» Por mal comediante que yo sea, una frase la sabré decir. Y quedarán las aguas tranquilas. ¿Qué le parece?

QUICA. *Disimulando su despecho.* ¡Admirable!

CELSO. ¿De veras?

QUICA. ¡Admirable! No se ofenda usted, Celso; pero no esperaba tanto de su inventiva. ¡Eso no es un rayo de luz: eso es una antorcha! ¡Y las aguas tranquilas, como usted dice! ¡Tranquilas, tranquilas! ¡Se verán las chinitas del fondo y los pececitos de colores! No hay más que hablar: la solución que usted da se ha impuesto. Usted le dirá a él: «Acabé con Quica, por loca.» Y yo: «Acabé con Celso, por tonto.»

CELSO. ¡Como usted quiera!

QUICA. ¡El toque está en darle a la mentira carácter de verdad!

CELSO. En ese caso, yo no podré decir que acabé con usted por loca.

QUICA. ¿Cree usted que no lo estoy?

CELSO. Lo que yo le diga a Lisardo respecto de usted, será muy diferente, muy diferente... será muy diferente.

QUICA. ¡Bravo! ¡Precioso *latiguillo!*

CELSO. ¿Se burla usted?

QUICA. Me admiro. Ahora soy yo la admiradora.

Dentro, hacia la izquierda, se oye un golpe como de una silla qne se ha caído. Sobrecogidos se miran los dos.

CELSO. ¿Qué ha sido eso?

QUICA. ¡Qué sé yo! Pero ¿hay alguien ahí?

CELSO. Nadie.

QUICA. ¿Nadie? ¡Alguien tiene que haber!

CELSO. No se asuste usted, que no hay nadie.

QUICA. ¡Es que si no hay nadie me asusto más!

CELSO. Deje usted; voy a verlo.

QUICA. ¡Espere usted, hombre! Piense usted antes...

CELSO. ¿Qué?

QUICA. Si fuera...

CELSO. ¿Quién?

QUICA. *En voz baja.* ¡Lisardo!

CELSO. ¡Por Dios, Quica! ¡Qué desatino!

QUICA. ¿Desatino? ¡No crea usted que lo es!

CELSO. ¡Conseguirá usted sugestionarme!

QUICA. ¡Es que hasta ahora no he querido decirle a usted nada; pero he venido aquí con la aprensión de que seguían mi coche!

CELSO. ¿Eh?

QUICA. ¡Al entrar vi como el bulto de una persona tras un árbol de enfrentre!...

CELSO. ¡Quica!

QUICA. ¡Sí, Celso; sí! ¡Ay, Virgen del Amparo! ¡Si fuera él!... ¡Si acaso ha comprado a la portera!... ¡Si nos ha oído!...

CELSO. Vaya, Quica, vaya: eso no es más que una alucinación de usted, hija del temor. Cálmese. Voy a ver lo que sea. *Se va por la puerta de la izquierda.*

QUICA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Que no sea Lisardo! ¡Pero, sí, sí va a ser Lisardo! ¡Dios va a castigarme! ¡Ya me ha pasado alguna vez: invento una mentira... y luego me sale verdad! ¿Para qué habré inventado yo que Lisardo sospecha? *Vuelve Celso por la puerta del foro.*

CELSO. ¿Ve usted cómo era miedo suyo?

QUICA. *Asustada.* ¡Ay!

CELSO. ¡Quica, por Dios vivo!

QUICA. ¡Es que lo esperaba a usted por esa otra puerta!

CELSO. ¡Es que le he dado la vuelta a la casa!

QUICA. ¿Y no había nadie?

CELSO. Sí.

QUICA. ¿Ve usted? ¿Quién?

CELSO. ¿Quién había de ser? ¡La portera!

QUICA. ¡Ah! ¡La portera! ¡Maldita mujer, qué susto me ha dado!

CELSO. Cálmese usted, por Dios... Ya pasó... el peligro... ¿Quiere usted un poco de agua?

QUICA. No.

CELSO. Una taza de te: puedo hacérsela a usted en un vuelo.

QUICA. *Con risa nerviosa.* ¡Ja, ja, ja!

CELSO. ¿De qué se ríe?

QUICA. ¡De figurármelo a usted con el infiernillo! ¡Ja, ja, ja!

CELSO. Pues si quiere usted verme...

QUICA. No, no: de veras. Muchas gracias.

CELSO. ¿Y una copita de *champagne*, no le sentaría?

QUICA. ¿Del que pensaba usted beberse ayer? ¡Antes bebo ácido sulfúrico! ¿Y a qué ha subido la portera, me quiere usted decir?

CELSO. A oler, como siempre. A ella nunca le falta un pretexto. Creyendo que no estábamos; por si había dejado alguna luz encendida... ¡Cualquier cosa!

QUICA. ¡Jesús!

CELSO. Conque tranquilícese usted del todo. Y borre de su frente la visión de Lisardo. Esté usted segura, como yo lo estoy ya; como lo estaba antes de que usted me hablase de su recelo, fruto de una imaginación excitada por los novelescos lances de ayer. Esté usted segura. Doña Munda vió en los hechos con sagaz mirada. En la vida hay lecciones que aprovechan para fundar una vida nueva. Sobre algo que se derrumba en nosotros se puede alzar algo más fuerte.

QUICA. ¿Lo cree usted así?

CELSO. Así lo creo.

QUICA. Yo también. Desecho todos mis temores. ¡Vayan al diablo mis temores! Natalia y Lisardo serán dichosos. Fué tremenda la sacudida que sufrieron los dos. A ella le dijeron que su marido se moría aquí... ¡aquí! Él vió... ¡aquí también! un retrato de ella, y pasó un minuto capaz de volver del revés a la piedra más dura.

CELSO. Es cierto. Así se lo dije yo a Natalia. Lisardo se asió, como a una tabla un náufrago, a la idea de que era usted mi amante o mi amada... porque si no era usted, podía ser su esposa. Este pavor lo ha convertido enteramente. Creyó aquello; siempre lo creerá; no podrá ni querrá dejar de creerlo.

QUICA. Sí, sí; serán dichosos... ¡serán dichosos!... ¡Con una dicha que yo nunca tuve!

CELSO. ¿Nunca?

QUICA. ¡Nunca! Ahora sí tengo la de haber contribuído a la de Natalia.

CELSO. Y yo.

QUICA. ¿Usted? ¡A la fuerza ahorcan!

CELSO. Es usted graciosísima. Pero espero que sabrá hacerme la justicia, por liviano que me suponga, de creer que si yo hubiera visto feliz a su amiga habría echado por otro camino. Fué su desventura precisamente la que la embelleció a mis ojos y avivó mi deseo. Palabra de honor. No soy un hombre malo, Quica.

QUICA. Ni bueno.

CELSO. Ni bueno.

QUICA. Un poquillo tonto, presumidote, amigo de lucir... Sobre todo un poquillo tonto.

CELSO. Sea: un poquillo tonto.

QUICA. O tal vez a mí me lo parece, porque yo me considero más lista que usted.

CELSO. ¡Y lo es! ¡Infinitamente más lista!

QUICA. ¿Me está usted dando la razón como a los borrachos?

CELSO. Lo que estoy ya es dispuesto a complacerla a usted en todo esta noche.

QUICA. ¿A que no?

CELSO. ¿A que sí?

QUICA. ¿Pida lo que pida?

CELSO. Pida lo que pida. ¿Qué es lo primero que va usted a pedirme?

QUICA. *Después de hacerle esperar la respuesta.* Que me ayude usted a ponerme el abrigo.

CELSO. Pero ¿se va usted?

QUICA. ¡Claro que me voy!

CELSO. ¡No se vaya usted todavía!

QUICA. Comprenda usted, Celso, que ya... ya no debo estar aquí ni un minuto.

CELSO. ¿Ni un minuto? Un minuto siquiera.

QUICA. Además es muy tarde.

CELSO. ¿Qué hora es?

QUICA. *Mirando su reloj de pulsera.* ¿Las siete? ¡Calle! ¡Se ha parado!

CELSO. ¿Se ha parado? ¡Ese relojito de usted sí que es tonto!

QUICA. ¿Por qué?

CELSO. ¡Pararse... ahí!...

QUICA. ¡Eso es muy fuerte, Celso!

CELSO. ¡No!

QUICA. Ande, ayúdeme a ponerme el abrigo.

CELSO. No debo insistir más...

QUICA. No; porque está usted para complacerme, según ha dicho.

CELSO. ¿Adónde va usted?

QUICA. Al Real. ¡Ensanche sus pulmones! Ya le dejo a usted libre de Quica. Puede usted volver a su monólogo: «Ratonera... viudita... palomino atontado...»

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

QUICA. Quedamos... en que usted se ausenta de Madrid... y en que reñiremos por cartas.

CELSO. ¡Ausentarme yo de Madrid!... ¡Reñir con usted!...

QUICA. Reñir... como *novio*... Seremos dos novios que siguen amigos...

CELSO. *Viendo a Quica pasear por el gabinetito los ojos.* ¿Qué hace usted?

QUICA. Darle al cuartito el último adiós... Me hago la ilusión de que lo hemos perfumado un poquito, purificado... ¿no es verdad? ¡Y creo que hemos de recordarlo siempre con simpatía usted y yo! Se me figura.

CELSO. No lo dude usted.

QUICA. Cuando ayer entré aquí, un músico ambulante tocaba en la esquina al violín la «Revèrie» de Schumann... Lo tomé a buen agüero, porque siempre que oigo por casualidad esa música me salen bien las cosas. Como ahora lo encuentre le voy a decir que la toque. Adiós, Celso.

CELSO. Adiós, Quica. ¡Ah! Un instante.

QUICA. ¡No hay ya más instantes!

CELSO. ¡Sí!

QUICA. ¡No!

CELSO. Hemos olvidado un detalle, Quica.

QUICA. ¿Cuál?

CELSO. Justamente a propósito del cuartito. ¿Será por fin para su ahijada?

QUICA. ¡No!

CELSO. ¿Por qué no?

QUICA. Porque no. Esa fué una mentira mía a doña Munda.

CELSO. Pero si según usted lo hemos ennoblecido y perfumado, ¿qué mejor destino podemos darle en recuerdo de esta aventura, base de la felicidad de un matrimonio casi divorciado antes de ella, que regalárselo a unos novios llenos de ilusiones?

QUICA. No me decido a contestarle a usted de plano. Ya discutiremos el asunto en nuestra correspondencia antes de romper. ¡Quién sabe!... ¡A mi ahijada, es claro, le caería como un premio gordo! Y siendo de ella yo podría volver a él tranquilamente, y... Veremos, veremos. Adiós ahora.

CELSO. Una palabra todavía.

QUICA. ¡Se acabó! Buenas noches.

CELSO. ¡Si es una pregunta no más: la última!

QUICA. ¡Pero ha de ser la última!

CELSO. La última de esta noche.

QUICA. Venga ya.

CELSO. Gracias. Y el caso es... el caso es que no sé cómo hacerla.

QUICA. ¡Ay qué pavo! ¿Timidez a estas alturas, hijo?

CELSO. Timidez, sí... Nuestra situación ha cambiado mucho... Y, además, ¡me ha llamado usted de ayer a acá presuntuoso tantísimas veces!... En fin, oiga usted, pero no se ría.

QUICA. Eso va a ser difícil.

CELSO. Pues oiga usted, aunque se ría. *Con emoción, con cuidado, con tacto.* Ayer tarde, momentos antes de su vuelta de usted al cuartito de doña Munda, un amigo nuestro, engañado, como ya lo están todos, respecto de la aventura de este otro cuartito, me dijo que él había descubierto la verdad por modo misterioso... Y aludió entonces a cierta confidencia de una mujer, que bien pudiera llamarse Quica, tenida con una hermana suya, que tal vez se llama Dorotea, en la que la una revelara a la otra un secreto de amor... de predilección por un hombre... que llevaron al oído de nuestro amigo las ondas hertzianas...

QUICA. *Compartiendo la emoción de Celso.* Las ondas hertzianas...

CELSO. ¿Soñaba nuestro amigo?

QUICA. La preguntita, Celso...

CELSO. ¿Soñaba?

Quica, tras breve lucha de su corazón y de su espíritu, se resuelve gallardamente a quemar las naves.

QUICA. ¡No, señor; no soñaba!

CELSO. ¡Quica!

QUICA. ¡No soñaba! Yo podía haberle contestado a usted con una risa llena de júbilo, con un juego de ojos que le dijeran sin palabras lo que usted me pregunta. Pero eso sería muy vulgar; eso no sería digno de mí en este momento. La novela que desde ayer

estamos viviendo, llena de episodios inesperados, me autoriza a algo más y me empuja a declarárselo a usted. No temo ponerme colorada, porque ya lo estoy. Si usted, en cambio, se pone pálido, tanto mejor para los dos. Es cierto; es cierto. He pensado en usted muchas horas...

CELSO. ¡Quica!

QUICA. He seguido con alegría sus triunfos sociales; me he envanecido no sé por qué de ellos; he vivido, sin que usted lo advirtiera, muy cerca de usted... ¡Tan cerca... tan cerca, que en más de una ocasión he padecido y he llorado!... Yo he hecho por agradarle a usted, por que usted se fijara en mi persona, cuanto le es lícito a una mujer que no es una frívola coqueta... ¡Y usted, pasando siempre junto a mí como un palomino atontado! ¡Ahora sí que encaja bien esto! ¡Sí, señor, sí: pavonéese usted ya todo lo que pueda! He pensado en usted, he soñado en usted: ¡veía en usted un reverso tan seductor de otra persona... de cuyo nombre no quiero acordarme!... A mí me trajo a este entresuelito solamente un impulso de amistad, de conciencia: se lo juro a usted. ¡Pero, a pesar mío, ayer, al insultarlo a usted con aquel coraje, hablaban los celos! ¡Los celos! ¿Se ha enterado usted, monigote? ¡Los celos! ¿Está contestada su pregunta? ¡No hable usted, que va a decir una tontería! ¿Está contestada? ¿Sí? ¡Pues ya descanso! ¡Piense usted ahora de mí lo que se le antoje! ¡Que estoy loca, inclusive! ¡Que estoy educada en Nueva York, donde dicen que se habla más claro que aquí! ¡Júzgueme usted según le plazca! Pero este mundo es muy pequeño y muy grande: como un corazón... Y yo no he querido, al oír la pregunta de usted, esa última pregunta de esta noche, dejarla sin respuesta, y que, por haberla dejado, llegara algún día en que los dos pensáramos con remordimiento: «Nos encontramos y no

nos vimos»; y en que yo pudiera decir: «Te llamé, y no me oíste.» ¡Ay!... ¡No puedo más!... Buenas noches, Celso... Hasta mañana si Dios quiere. Que usted descanse. *Vase a escape por la puerta de la izquierda.*

CELSO. ¡Quica! *Corre tras ella.* ¡Quica! *Desaparece un punto y torna en seguida.* ¡Va como un rayo esa mujer!... ¡Qué cosas me ha dicho!... ¡Extraño final de una aventura! *Corre al balcón y abre las puertas de madera. Levanta un visillo y mira al exterior.* ¡Ha vuelto la cara hacia arriba!... Pero ¿sigue andando?... ¿Por qué no toma el coche? *Se quita del balcón.* ¡Verdaderamente ha estado hermosa! ¡Qué cosas me ha dicho!... ¡Es una mujer extraordinaria!... Vamos al Real. *Se pone a prisa capa y sombrero.* El mundo es pequeño y es grande... como un corazón... *Principia a sonar en la calle, tocada al violín, la «Revèrie» de Schumann.* ¡Ah!... ¡La «Revèrie» de sus presagios!... ¡Qué Quica ésta!... ¡Para eso echó a andar calle arriba!... ¡Vamos al Real!

Apaga la luz y se marcha por la puerta de la izquierda tarareando la música. La luna, entonces, queda como reina y señora de la estancia, pintando las sombras de los muebles. El músico callejero continúa tocando. Un momento está la escena sola. Luego cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, enero 1920.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el loco.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita,

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡Á Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

Begegnung *(Mañana de sol)*, por FRANZISKA BECKER y S. GRÄFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Le patio.—Le chouchou *(El ojito derecho)*, por Maurice Coindreau.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por Joao Soler.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por Alice Pestana (Caïel).

A Dama Branca *(Doña Clarines)*, por Alberto de Moraes.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por John Garrett Underhill.

Joaquin
171585
Author Alvarez Quintero, Serafin, y Alvarez Quintero, .
LS
A473 8mu
Title El mundo es un pañuelo.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU